

EL OLOR DE LA HIERBA DESPUÉS DE LA LLUVIA

Novela

PATRICK JACQUEMIN

El olor de la hierba después de la lluvia

Traducción de
Iballa López Hernández

Grijalbo narrativa

SÍGUENOS EN

megustaleer


@megustaleerebooks


@megustaleer


@megustaleer


@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

I



1

Las cosas dieron un vuelco un radiante domingo del mes de junio, durante un almuerzo en casa de los Vergnes.

Annabelle fue presentada al resto de los invitados como la nueva estrella de las finanzas. El éxito de su empresa, un banco que ofrecía productos en el mercado especulativo, era portada de todos los periódicos. Pronto Europa estaría a sus pies…

Todos la miraban con admiración y envidiaban su éxito, que la mantenía a salvo de las dificultades económicas. Le hacían preguntas sobre su estrategia, sus beneficios, sus competidores, su modelo de gestión, sus viajes de negocios… Era el centro de atención.

Cuando el tema se agotó, la charla tomó otros derroteros: la familia, los hijos, las vacaciones, los hobbies… La mesa se animó, la complicidad se instaló entre los comensales, y Annabelle, de súbito invisible, desapareció de las conversaciones. Intentó en vano meter baza contando la última travesura de su hija o el próximo espectáculo, pero tuvo que reconocer que no tenía nada que contar.

Desde que se había divorciado, evitaba los planes con sus amigos. No deseaba, como ese mediodía, exhibir el vacío de su vida íntima. Prefería la frialdad de las recepciones, los cócteles, las ceremonias de entrega de premios o las concurridas comidas de negocios y políticas. Al menos, allí nadie hablaba de sentimientos.

Hacía ya dos años que se había separado de François. Él no pudo soportar su frenesí laboral. Y desde entonces compartían la custodia de su hija Léna, de ocho años. Ese domingo y la semana siguiente la niña estaría con su padre. La echaba de menos, como cada vez que tenían que separarse.

—¿Te sirvo más pescado? —preguntó Béatrice, arrancándola de sus

cavilaciones.

En la mesa reinaba un ambiente alegre.

—¡Sí, por favor!

—¿Adónde vas estas vacaciones? No nos lo has contado.

Todas las miradas se volvieron hacia ella.

—Pues… aún no lo he decidido.

—Si en agosto pasas con Léna por Albi ven a vernos, hemos alquilado una casa entre varios. También estarán Manu, Victoria y Racine.

—Y hasta tiene piscina —añadió Manu muy sonriente.

«Mucho me temo que, como hija única y sin compromiso, acabaré una vez más en casa de mis padres hablando de trabajo», pensó Annabelle.

Béatrice se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—Bueno, ¿qué?, ¿has conocido a alguien?

Temía aquella pregunta.

—No…

—Ten en cuenta que trabajar como una loca no te va a ayudar… Se te ve agotada. ¿Duermes al menos?

Annabelle no contestó.

—Si es que parece que estás casada con tu trabajo… Es muy triste. Anna, el tiempo corre… Si quieres otro hijo, será mejor que te des prisa. Te lo digo porque somos amigas.

A eso de las cuatro, Annabelle salió de casa de los Vergnes, situada cerca del parque Monceau, en una callejuela tranquila que los domingos solía estar desierta.

Algo sonaba hueco en su interior, como si fuese una cáscara vacía, carente de sentido y de sustancia.

Fue hasta el bulevar de Courcelles, donde su elegante coche estaba aparcado a la sombra de los altos árboles. En lugar de dirigirse a la oficina como de costumbre, se quedó frente al volante, sin moverse. Con la mirada sombría, no paraba de dar vueltas a las palabras de su amiga.

«Esta Béa, qué graciosa es. Para triunfar hay que currárselo… Que me explique cómo lo hago para conocer a alguien. Si no veo ni a mi

hija cuando le toca estar conmigo. Ufff… Si es que no tengo tiempo de nada… Me estoy perdiendo un montón de cosas. —Notó un escozor en la garganta—. ¡Qué asco de vida!»

Cerró los ojos y se le escaparon las lágrimas.

«¿De qué mierda me sirve trabajar como una posesa, pasarme el día de aquí para allá, tener éxito? ¿De qué me sirve todo eso?»

Inspiró profundamente tratando de reprimir una rabia sorda. Sin embargo, un fuego le consumía la cabeza y notó que le hervía la sangre. Entonces, de pronto, sintió la necesidad de liberar la tensión. Contrajo sus finos músculos, aferró el volante con fuerza y tiró de él como si quisiera arrancarlo; pero, como no lo logró y estaba furiosa, apretó sus pequeños puños y, fuera de sí, lo golpeó, lo aporreó, lo insultó, lo maldijo, liberó odio, profirió gritos salvajes sin parar, sin recobrar el aliento, hasta que empezó a ahogarse y un transeúnte llamó a su ventanilla…

En pocos segundos volvió a adoptar una postura digna, lanzó al hombre inoportuno una mirada empañada y le indicó que no pasaba nada. Pero el hombre insistió. Ella bajó la ventanilla a regañadientes.

—¿Le ocurre algo, señora?

—No, nada…

—¿Está segura?

—Sí…

—¡Pues estaba tocando la bocina!

—Sí, es verdad… pero ya estoy mejor.

—Debería respirar un poco de aire puro…, le sentaría bien.

—Sí, tiene razón…, gracias… Es usted muy amable.

Cuando el individuo se alejó con aire perplejo, ella se encogió en el asiento y lloró en silencio.

«Un poco de aire puro…»

La sola idea la consolaba.

Toda su vida giraba en torno a su éxito profesional. Solo se movía por París, Nueva York o Dubái. Calles, casas, edificios, oficinas, efervescencia, negocios… La asfixia mental la acechaba. Necesitaba respirar, recuperarse.

De pronto, se le ocurrió una idea descabellada: ¡marcharse! Huir

lejos de París unos días, dejar atrás la capital, el trabajo, sus relaciones, su tristeza y, esperaba, sus frecuentes noches en vela.

«Pero ¿adónde voy a ir?»

Langres le vino a la mente, esa ciudad fortificada del Alto Marne que la había visto nacer. Un lugar tranquilo, casi muerto, la hermosa campiña, recuerdos... ¿Cuánto hacía que no iba por allí? ¿Diez años?

De repente, sintió deseos de volver a ver aquellos paisajes, de recorrer las murallas. En las imágenes que aparecían ante sus ojos vislumbraba un atisbo de consuelo.

2

Annabelle le envió un correo a su secretaria, aplazó todas las citas, fue a su casa a recoger unas cosas y tomó la autopista.

Pasó a toda velocidad por las llanuras de Brie, atravesó las tierras boscosas de Aube, se adentró en la ondulante campiña del Alto Marne y luego enfiló la carretera comarcal que llevaba a Langres.

Tres horas después de salir de París, su corazón se había apaciguado poco a poco. Conducía despacio, cautivada por la naturaleza de finales de junio. Por la ventanilla entraba el aire de la tarde cargado de los intensos efluvios de la vegetación y la tierra.

Para deleitarse al máximo, se detuvo en el borde de la carretera, justo donde arrancaba un camino. Salió del coche y dio unos pasos, aliviada de encontrarse lejos del bullicio de la ciudad.

Un seto poco espeso bordeaba el camino. A través de él, divisó un prado en flor. Se aproximó y, sin pensárselo dos veces, saltó una pequeña acequia de una zancada, se coló entre el ramaje y se metió en el prado.

Era inmenso. A lo lejos se estrechaba entre dos bosques para expandirse de nuevo hasta una colina apartada. Se hallaba salpicado de gramíneas, acianos y botones de oro; aquí y allá despuntaban algunas amapolas.

Annabelle se quedó boquiabierta ante el suntuoso espectáculo. Tenía la sensación de estar descubriendo el campo y las flores silvestres.

«¡Qué bonito!»

Despacio, avanzó por el prado dejando que las manos le colgaran indolentes, rozando la hierba con la yema de los dedos.

«¡Qué suave!»

Miraba embelesada el horizonte florido, los colores, su armonía; aspiraba con fuerza los aromas como si quisiera embriagarse con ellos.

«¿Cómo he podido olvidar que el paraíso estaba tan cerca?»

Volvieron a fogonazos imágenes soterradas de su más tierna infancia, sonidos, olores, la sombra de los frutales, los espesos musgos pespunteados de violetas.

Sintió deseos de echar a correr por aquel prado.

Se adentró en él descalza, con los zapatos de tacón en la mano. Apretó el paso y, movida por el entusiasmo, deambuló a derecha e izquierda disfrutando del espacio, del tiempo, que parecía haberse detenido; de su libertad. Luego se tumbó sobre las flores y se puso a dar vueltas sobre sí misma.

«¡Qué agradable!»

Se quedó boca arriba y su mirada se perdió en el cielo llameante. Un ruiseñor cantaba alegremente; lo escuchó un buen rato.

Luego se dio la vuelta y observó la hierba de cerca, la acarició, la olisqueó. Y de nuevo se sintió transportada a su niñez. En esta ocasión fue la textura de la hierba lo que la devolvió a aquella época. Se acordó de que arrancaba puñados en su jardín, se los metía en los bolsillos, los escondía debajo de su almohada y cuando se acostaba, en la cama, acariciaba la hierba como si fuera un osito de peluche hasta que se quedaba dormida.

Sonrió al evocar aquel recuerdo y trató de prolongarlo, pero la visión se desvaneció. Entonces cerró los ojos y, arrullada por el viento cálido de la tarde, se rindió al sueño entre las flores.

Al cabo de un buen rato notó un escalofrío y abrió los ojos. Se desperezó algo aturdida y al poco se levantó. El sol ya se había puesto. Su elegante vestido, cuya blancura contrastaba con las uñas rojas, presentaba restos de hierba y tierra.

Decidió regresar a su coche pero, al mirar a su alrededor, no recordaba el camino de vuelta. En el horizonte solo había campo, árboles y setos, un paisaje que se iba sumiendo con languidez en la oscuridad.

Para tranquilizarse, buscó maquinalmente el bolso y el móvil, pero se los había dejado en el coche.

«¡Seré idiota!»

En cuanto volvió a concentrarse, observó con más atención y atisbó a lo lejos lo que parecía un sendero. Cogió los zapatos y echó a andar a buen paso. Cuando llegó, dudó de qué dirección tomar.

«Maldita sea, esto no me suena nada.»

Se puso los zapatos y torció a la izquierda; después se desvió varias veces al albur de los caminos, de modo que, cuando cayó la noche, estaba definitivamente perdida.

«¡Estoy apañada!»

Al verse sorprendida por la oscuridad fue presa del pánico. Giró sobre sí misma y continuó completamente alterada. Hablaba en voz alta, casi sin aliento, para reconfortarse:

—El campo es muy agradable, pero, si te pierdes, ya no es tan divertido… Terminarás topándote con algo. Venga, no pierdas el ritmo… ni las esperanzas… Que esto no es el Sáhara… Cuanto más camine, más posibilidades tendré de encontrar la salida… ¡Vaya mierda de zapatos!

El camino se había ido cerrando y ahora estaba cubierto de hierbas altas que dificultaban su paso. En medio de aquella penumbra, estuvo a punto de caerse varias veces. Luego, al doblar un recodo, entrevió una luz por encima de un seto y la sombra alargada de un caserón. Un sendero parecía conducir hasta él.

Se detuvo para recuperar el aliento, suspiró aliviada y se dirigió hacia la luz con la intención de pedir ayuda.

Tanto el azar como la serie de decisiones que había ido tomando la condujeron hacia lo extraordinario, aunque eso, claro está, aún no lo sabía.

3

Georges Lesage, campesino septuagenario, estaba en la cama. Dormitaba inclinado sobre un libro y se disponía a apagar la luz cuando oyó que llamaban al portón.

Hacía mucho que no recibía visitas intempestivas. Se sobresaltó, se levantó, abrió la ventana y se asomó. Abajo, en la penumbra, una voz dulce y avergonzada de mujer se dirigió a él:

—Buenas noches, señor —dijo Annabelle—, siento molestarle..., pero me he perdido... He dejado el coche en el borde de una carretera cerca de aquí, pero no sé dónde. ¿Sería tan amable de ayudarme? Sé que es tarde, lo siento mucho, de verdad, pero está oscureciendo y no sé cómo encontrarlo...

El hombre, sorprendido, levantó las cejas grisáceas. A causa del contraluz solo se apreciaba la sombra de su cuerpo robusto en el marco de la ventana.

—Vaya, me gustaría echarle una mano, señora —contestó en voz baja—, pero no tengo coche ni tractor, solo bueyes.

—¿En serio? ¿Y qué puedo hacer? ¿No tendrá usted una linterna para prestarme?

—Bueno, espere, que ya bajo.

Al cabo de un buen rato, el campesino abrió la puerta a Annabelle. Iba vestido con sus mejores galas: la camisa blanca aún presentaba las dobleces de haber estado guardada, el pantalón negro no tenía una sola arruga y los zapatos estaban embetunados; solo le faltaba la chaqueta del domingo.

La hizo pasar. Era una casa de campo rectangular, con una única estancia diáfana, en cuyo centro había una escalera que conducía al piso de arriba. Una imponente chimenea de piedra destacaba delante del sofá y de unos amplios sillones dispuestos alrededor de una mesa baja. Al fondo, en la oscuridad de la sala, Annabelle distinguió una

mesa larga y un aparador. Bajo unas ventanas geminadas había varios comederos de animales rebosantes de libros. Dondequiera que mirase se acumulaban los volúmenes: apilados o amontonados, en el suelo, sobre la chimenea, encima de las mesas, a lo largo de las paredes, por todas partes.

—Lamento mucho molestarle —repitió ella.

—No es ninguna molestia, señora.

Bajo la luz descubrió a un anciano alto y ancho de espaldas, con la tez tostada por el sol, curtida por el viento y arrugada por el paso del tiempo. Las tupidas cejas formaban un grueso paréntesis, bajo el cual se apreciaban unos ojillos hundidos. Tenía el cabello gris enmarañado. Olía a agua de colonia.

Nada perturbaba más la entereza que solía exhibir Georges Lesage que el encanto de una mujer guapa. Aquel campesino no era un ermitaño, pero vivía como un seminarista, recluido en el campo, a salvo de la rudeza de los hombres y la gracia cautivadora de las mujeres. Así que se sintió desconcertado e intimidado delante de aquella mujer sofisticada que lo escudriñaba sin disimulo.

—¿Le apetece un vaso de agua? —le ofreció.

—No, no, muchas gracias, muy amable —contestó Annabelle, impaciente por encontrar su coche.

Él sostenía una linterna.

—¿Podría acompañarme hasta la carretera? —preguntó ella señalándola.

—Claro que sí. Pero ¿qué carretera es?

—Pues... la pequeña que pasa cerca de aquí —dijo, como si fuera obvio.

—Hay tres carreteras en los alrededores.

—¿Ah, sí?

Annabelle notó que su desasosiego iba en aumento y los ojos se le llenaron de lágrimas. El campesino advirtió su angustia.

—No se preocupe —le dijo para tranquilizarla—, encontraremos su coche... ¿De dónde venía exactamente?

—De París —contestó con voz temblorosa.

—¿Adónde iba?

—A Langres.

Ella había agachado la cabeza, no deseaba que viera que tenía los ojos llorosos.

—¡Entonces es la carretera de Langres! —exclamó él en tono victorioso para reconfortarla—. Es la que queda más cerca.

Ella dibujó una débil sonrisa y se enjugó las mejillas.

—Todo irá bien, señora. Enseguida estaremos allí.

Se comportaba con infinita delicadeza.

Instantes después recorrían el sendero hacia la carretera. El olor a madreselva perfumaba el aire.

4

Al principio no cruzaron palabra. El campesino alumbraba el camino y los ojos de ambos, más que ver, adivinaban el oscuro horizonte hacia el que avanzaban.

Annabelle había recobrado la confianza. Con todo, se sentía avergonzada por no haber podido contener las lágrimas delante de él. Para disimular su apuro, empezó a hablar con una naturalidad exagerada:

—¿Así que no tiene tractor?

—No.

—¡Es increíble! ¿Se dedica al cultivo o a la cría de ganado?

—Al cultivo. Este año, trigo y centeno; el próximo, otra cosa.

—¿Solo con bueyes?

—Sí, con mis bueyes.

—Pero van más despacio que un tractor, ¿no?

—Sí, eso es cierto. Pero lo importante es elegir bien la raza. Algunos son más fuertes que otros. Y también más trabajadores.

—Ah, entiendo. Y con esos bueyes más fuertes, ¿cuál es el índice de productividad respecto al tractor? —preguntó ella con interés.

—¿Cómo dice?

—¡Vaya!, disculpe. He utilizado un lenguaje un poco técnico. Quiero decir que, en comparación con un tractor, ¿cómo son de lentos?

—Pues eso sí que no lo sé. Quizá vayan tres veces más lentos.

Annabelle se detuvo en mitad del camino, se volvió hacia él, que también se detuvo, y le preguntó estupefacta:

—Entonces ¿por qué emplea bueyes si el tractor es más rápido?

—No me interesa ir más deprisa —respondió él con parquedad—. Prefiero los bueyes al tractor..., el aliento de los animales al zumbido del motor.

Reemprendieron la marcha por iniciativa de Annabelle, que añadió preocupada:

—Eso significa que produce menos con sus bueyes que con un tractor… En resumen, que su cosecha es menos abundante… y, en consecuencia, es menos rentable. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, perfectamente, y tiene usted toda la razón.

Ella se detuvo de nuevo, agarró el brazo del campesino, que se paró a su vez y, de pronto, le hizo una pregunta que le perturbaba:

—¿Y no le preocupa saber que podría ganar más?

—No. No necesito ganar más.

—Pero si quisiera, podría, ¿no es así?

—Es probable.

—¡Entonces es que ya es rico! —exclamó con expresión triunfal, creyendo haber dado con la clave del misterio.

—Tengo lo que necesito para vivir bien. —Dejó pasar un instante y añadió—: Eso es la riqueza, ¿no?

Reanudaron la marcha.

La pregunta, planteada de aquella manera, desconcertó a Annabelle.

—Pues en París no… —contestó—. Aunque tal vez aquí sí lo sea.

La noche trajo un agradable frescor. El anciano suscitaba la curiosidad de Annabelle. Le parecía singular, con sus bueyes y sus libros.

No dijeron nada más hasta que alcanzaron la carretera. Entonces él le pidió que hiciera memoria, para saber qué dirección tomar. Annabelle no tenía ni idea. Decidieron torcer a la izquierda, hacia París.

Anduvieron largo rato por la calzada desierta, pero no encontraron el coche.

—Eso es que está en sentido contrario —dedujo ella.

Mientras volvían sobre sus pasos, el campesino iba pensativo: si no lograban dar con el coche, la invitaría gustoso a quedarse a dormir en su casa.

—Estos zapatos me están matando —se quejó Annabelle.

Cuando volvieron a encontrarse con el camino que llevaba a la finca, ella no aguantaba más.

—No me veo con ánimos de seguir recorriendo esta carretera para no conseguir nada —comentó disgustada—. Me gustaría llamar a un taxi…, pero me he dejado el móvil en el coche. ¿Por casualidad ha traído el suyo?

—Pues la verdad es que no… no tengo.

—¡Vaya! ¿Y podría llamar desde su casa?

—Bueno, el caso es que… en casa tampoco tengo teléfono —farfulló con cierto embarazo.

Annabelle se volvió hacia él, atónita.

—¿En serio? Pero ¿cómo se las apaña?

Durante un momento ambos se quedaron sin saber qué decir.

—En ese caso, hay que encontrar el coche sea como sea —dijo ella con renovado afán.

Sin embargo, en ese preciso momento se atenuó la intensidad de la linterna. Pronto no verían nada. Entonces, con un valor que lo sorprendió y que a ella le conmovió, él dijo atropelladamente:

—Si quiere puede quedarse a dormir en mi casa, tengo una habitación libre… Por la mañana temprano saldré a buscar el coche a la luz del día.

Se enderezó ligeramente.

Annabelle trató de examinar al campesino, pero apenas distinguía su recia silueta.

«No es prudente, pero ¿qué puedo hacer? Bueno, me tumbaré en la cama y pasaré la noche leyendo, así, si se acerca a la habitación, podré oírlo. Con la cantidad de libros que tiene, dudo que me falte lectura.»

—De acuerdo —aceptó—. Gracias por su amabilidad.

Retomaron despacio el camino de la finca, pero de repente ella se detuvo.

—¡Ay, no! Lo tengo todo dentro del coche y me he dejado las llaves puestas… ¡Lo más probable es que me lo roben!

—Me extrañaría mucho —repuso él tratando de tranquilizarla—. Aquí no suele pasar nada.

Ella titubeó antes de resignarse.

Regresaron a la granja. Las estrellas habían tomado posesión del

cielo. A pesar de lo mucho que le dolían los pies y de lo preocupada que estaba por el coche, Annabelle sintió una curiosa paz interior.

«¡Esto es surrealista! —pensó cojeando un poco—. Es lo último que me habría esperado esta mañana, caminar de noche por el campo con un campesino al que no conozco de nada y quedarme a dormir en su casa...»

A medio camino le llegó un olor delicioso.

—¡Mmm! —dijo inspirando ruidosamente—. ¡Qué bien huele! ¿Qué es?

—Son las lilas.

—¡Las lilas! ¡Claro! ¡Huelen de maravilla! Cuando era pequeña, las teníamos en el jardín de casa —recordó ella.

—¿Ah, sí?

—Sí, eran de un rosa muy bonito. Me pregunto si seguirán allí.

Ya en la granja, Annabelle aceptó un vaso de agua. Después el campesino la acompañó al piso de arriba, hasta una habitación al fondo de un pasillo abuhardillado. Nada más entrar, ella se quedó fascinada con la decoración de estilo rústico, el olor a madera, su pulcritud y el pequeño cuarto de baño contiguo.

Él le entregó un juego de sábanas y la dejó en el silencio de la habitación. La paz del lugar la fue absorbiendo lentamente y, pese a su firme propósito de mantenerse despierta, cayó rendida en la bonita cama de cerezo.

5

Georges Lesage era alto y fuerte. Esa evidencia física dejaba impresionado a todo aquel con el que se cruzaba, pero lo que no se percibía era su educación, su delicadeza y su singular modo de vida.

La naturaleza era su savia. De ella extraía su energía, su esencia, su fuerza.

Cada día se deleitaba con el aire que respiraba. Sentía cómo le daba cuerpo a su vida, circulaba por su sangre, pasaba por el corazón, le inundaba el cerebro hasta la embriaguez y dejaba en él la huella de la fauna y la flora.

Amaba tanto su tierra que cuando la cultivaba se sentía culpable. Durante la labranza, la removía con precaución y notaba una punzada de dolor cuando hendía la azada. Cuando sembraba, estaba convencido de que, si el gesto se hacía con la majestuosidad descrita por Victor Hugo, los cereales serían de buena calidad. Consideraba que necesitaban espacio para alcanzar la plenitud, para dar lo mejor de sí.

Aquella filosofía campesina era lo opuesto a las arraigadas prácticas productivas. De ahí que su cosecha fuese exigua, pero a él le daba igual, porque sus cereales tenían el sabor perfumado de la tierra. Además, con ello obtenía lo suficiente para vivir, alimentar a los bueyes y comprar libros.

La lectura era su néctar. En cuanto entraba en casa se transformaba en otro. Lo hechizaba la curiosidad, lo cautivaba el saber, lo embelesaba la literatura.

No solo leía porque le apasionaran las historias y las palabras

bonitas. Además aprendía cosas sobre las plantas, pues compartía con ellas un secreto, un misterio que en vano se empeñaba en desentrañar.

De modo que cada quince días iba a Langres. Fuera verano o invierno, lloviera o soplara el viento. A paso rápido, cruzaba la campiña por los caminos. En ocasiones atajaba campo a través. Aunque llegara cubierto de barro, empapado o sudado, nunca faltaba a la cita. Una vez en la ciudad, iba directo a la librería, una tiendecita regentada por un antiguo compañero de clase. Primero tomaban café de achicoria juntos, la bebida de su niñez. Luego se acomodaban en un rincón de la librería, en unos sillones de madera de haya y paja trenzada, los mismos desde hacía décadas. El librero le pasaba una lista con las novedades. La consultaban, seleccionaban los libros que mejor se adecuaban a la búsqueda de Georges, añadían con cierta avidez aquellas obras literarias que le encantaban e invariablemente acababa marchándose con varios libros, que saboreaba como si se tratara de un buen vino.

Para él la soledad era una necesidad, una prueba de su libertad, pues le permitía ser y comportarse como le venía en gana: se ocupaba de los animales y de la tierra, leía y reflexionaba cuando le parecía mejor. Vivía pausadamente, al ritmo de la naturaleza y de la tibieza del aire. Para calcular el tiempo, le bastaba con escuchar el murmullo de la tierra al girar y su eco en el universo. Consideraba que acelerar el ritmo del tiempo era ir a contratiempo, por lo que se mantenía alejado de ese sentimiento acuciante que se había apoderado de los urbanitas, esa suerte de urgencia en dejarse engullir por la modernidad. En su opinión, esta no hacía sino acelerar el compás de la existencia dentro de un tiempo que, al fin y al cabo, era idéntico.

Por eso vivía solo en la granja, para satisfacer su necesidad de estar aislado. En el pasado había tenido unas cuantas relaciones sentimentales que podrían haberle llevado a formar pareja. No obstante, nunca había sentido el impulso necesario, ese amor apasionado del que tanto había leído en las novelas. Hasta entonces, el afecto, la amistad y el amor se habían mezclado en su corazón sin que

las circunstancias le hubiesen obligado a distinguirlos.

Georges Lesage, ese campesino solitario, anticuado y leído, suscitaba la curiosidad y las murmuraciones de sus vecinos. Pero todos sabían que, aunque le gustaba vivir lejos de los hombres, siempre se mostraba dispuesto a transmitir sus conocimientos y a compartir información sobre lo que daba tanto sabor a sus cultivos.

6

Al amanecer, Georges bajó las escaleras con una expresión irritada por la falta de sueño.

La víspera, cuando llegó el momento de acostarse, estuvo dando vueltas y más vueltas en la cama. Por lo general, nada más cerrar el libro, se quedaba dormido como un bendito. Pero en esa ocasión estaba algo alterado y la película de los acontecimientos pasaba por delante de sus ojos una y otra vez: el instante en que había aparecido Annabelle, su hermoso rostro, su dulce angustia, su aluvión de preguntas y el paseo nocturno. Durante horas, no pudo conciliar el sueño, por eso ahora tenía la cabeza embotada y los ojos irritados. Sin embargo, se sentía presa de un entusiasmo inusual y añadió por coquetería una gorra de lana gruesa a su indumentaria de la noche anterior.

Así ataviado, salió en busca del coche de Annabelle. En esa época del año, el amanecer era su momento preferido, cuando el canto de los pájaros invadía los campos con las primeras luces del alba. Con paso tranquilo a través de los prados, enseguida dio con el vehículo y regresó a la granja para preparar el desayuno.

Annabelle no tardó en bajar, pues llevaba bastante rato despierta. Lamentaba no haber dormido más y no paraba de darle vueltas al llanto incontenible del día anterior. Pero había aprendido a disimular sus angustias delante de los demás. De manera que adoptó una actitud animada para saludar al campesino, que trajinaba en la cocina abierta, tras la gran mesa de comedor. Le pareció pintoresco con su gorra.

—Buenos días, ¿ha dormido bien? —preguntó él.

—¡De maravilla! El silencio es un tesoro en su casa.

—Debe de sorprenderla viniendo de la ciudad. Aquí solo se oyen cuatro cosas: el viento que sopla, la lluvia que cae, la tormenta que truena y los bueyes que mugen. Anoche no había nada de eso, nada

que pudiera perturbar su descanso.

«No me hace falta oír mugir a un buey para no pegar ojo», pensó Annabelle.

—He encontrado el coche —le anunció con modestia—. Pero lo he dejado donde estaba porque hace mucho que no conduzco. Le he traído el bolso.

Ella se lo agradeció calurosamente.

—Estoy preparando el desayuno. Si quiere, luego vamos hasta el coche.

—Muy bien. ¿Necesita ayuda?

—No, gracias, ya casi está listo.

Desde siempre, el desayuno era un momento feliz para Georges Lesage. Todos los días repetía los mismos gestos meticulosos, precisos, apreciados. Siempre colocaba los tazones y los cubiertos en el mismo sitio. Como de costumbre, su primo Lucien le había dejado el pan envuelto en un grueso paño sobre el aparador, junto a una mantequera donde guardaba una mantequilla blanda como una nube de azúcar.

Mientras ponía la mesa, el aroma del café inundaba la estancia.

—Hay café, pan de centeno, mantequilla, miel, queso y onzas de chocolate —le ofreció el campesino al sentarse frente a ella.

—¡Fantástico! Muchas gracias por su hospitalidad. La verdad es que así dan ganas de perderse más a menudo.

Georges no dijo nada, pero sus mejillas se sonrojaron.

—Tiene un montón de libros —comentó ella—. ¡Su casa parece una biblioteca!

—Me gusta leer —contestó con pudor mientras se sacaba una navaja del bolsillo. Desplegó la hoja afilada.

Ella lo observó aprensiva, pero él la tranquilizó con una sonrisa.

—¿Los ha leído todos?

—La mayoría.

Él sirvió el café en unos tazones blancos con el esmalte descascarillado. Los llenó casi hasta el borde en medio de una olorosa

nube de vapor.

—¿Son novelas? —siguió preguntando ella.

Dejó la cafetera sobre la mesa.

—Algunos.

Sobre la larga mesa, cerca de Annabelle, reposaban unos cuantos libros. Leyó un par de títulos: *El lenguaje secreto de la naturaleza* y *El alma de las plantas*.

—¿Le interesan las plantas? —preguntó señalando los libros.

—Sí. Es por mi trabajo.

—¿Y qué prefiere, los árboles o las flores?

—No tengo preferencias. Me interesa la naturaleza en su conjunto.

Miró el tazón, inquieto. Mientras ella hacía preguntas, el café se estaba enfriando.

—¿Así que las flores tienen alma?

—Pues...

—Supongo que es una metáfora...

—¿Quién sabe? Pero, si no le importa, comamos primero —propuso él.

Le acercó la hogaza, la mantequilla y la miel, le deseó buen provecho y acto seguido, como si no existiera nada más en el mundo, devoró en vez de comer, engulló en vez de tragar.

Annabelle lo miraba fascinada. Vio cómo mojaba la rebanada de pan en el café humeante, se la llevaba a la boca y luego, cuando sus labios se cerraban, sorbía el café que empapaba el pan haciendo mucho ruido.

«Como un salvaje...»

En cuanto terminaba, volvía a ser meticuloso: cogía de nuevo la hogaza, restregaba prolijamente la hoja de la navaja sobre la miga, se apoyaba el pan contra el estómago, hincaba la navaja calculando el grosor de la rebanada y lo giraba, casi sin desplazar la hoja.

«¡Hermosa rebanada!»

—¿Le apetece un poco de queso?

—No, gracias, por la mañana no —contestó ella haciendo una mueca.

Con la afilada navaja, el campesino cortó una cuña de queso y se la

metió en la boca. Después, con el pulgar y la navaja, arrancó un pedazo a su rebanada de pan y se lo tragó, y por último se bebió un buen trago de café.

Cuando hubo terminado de desayunar, juntó las migas, las deslizó sobre la mesa hasta que cayeron en su mano y las echó al café, que sorbió con parsimonia y gran estrépito. Por último, se limpió la boca, dobló la servilleta a cuadros con cuidado, la enrolló y la introdujo por un aro de madera.

Annabelle parecía sumida en una especie de trance, los movimientos precisos del campesino la calmaban. Y pensó que este, a pesar del ruido que hacía al comer, tenía cierta clase, le gustaba leer y parecía buena persona. Podría haberse topado con alguien peor en aquel lugar recóndito de la campiña.

Tras recoger la mesa fueron en busca del coche. A pesar de las ampollas de Annabelle, que andaba sobre sus altísimos tacones, lo encontraron enseguida.

Entonces llegó el momento de despedirse, y las palabras le salieron sin pensar:

—Es una situación extraña. Me ha acogido usted en su casa con tanta amabilidad que me siento conmovida.

El campesino no supo qué contestar.

—Ha sido un placer conocerlo —agregó ella.

—El placer ha sido mío —respondió él mirando al suelo.

—Ni siquiera sé cómo se llama.

—Georges Lesage.

—Yo me llamo Annabelle Dumas. ¡Encantada!

Le tendió la mano y él se la estrechó como si acabaran de conocerse. A ella se le escapó una risita incómoda.

—Ahora debo irme. Muchas gracias por su hospitalidad y por su ayuda.

—Aquí estamos para servirle.

—Adiós, Georges.

Volvió a darle la mano. Le habría gustado despedirse con un beso,

pero no parecía muy dado a ellos, por lo que se reprimió.

—Adiós, señora.

—¡Ay! Espero que no le importe que le haya llamado Georges.

—Esto..., no, claro que no.

—En ese caso, llámeme Annabelle —dijo esbozando una sonrisa cómplice y le tendió la mano por tercera vez.

—Adiós, Georges.

—Adiós, señora.

Ella se subió al coche, cerró la puerta, puso el motor en marcha, le dirigió una última sonrisa y agitó el brazo a modo de despedida.

Al volver a la granja, Georges se dijo que esa mujer rezumaba encanto. Cierto que era un poco curiosa, y también habladora. Se arrepintió de no haberla llamado por su nombre.

7

Annabelle llegó por fin a Langres, donde llevaba diez años sin ir.

Alquiló una habitación en un hotel del centro y anduvo unos centenares de metros hasta la casa donde vivió de niña. Hacía ya mucho que sus padres la habían vendido.

Era una casa antigua de piedra tallada, levantada junto a las murallas. En la parte trasera se extendía un gran jardín rodeado por un muro de piedra y en un extremo, por una puerta de madera, se accedía al camino de ronda. Desde allí, como si de un promontorio se tratase, se podían admirar los paisajes de los alrededores, y en los días claros de invierno se divisaban las cimas nevadas de los Alpes.

Annabelle contempló los campos amarilleados por los cultivos, la vegetación reverdecida, el azul de un lago a lo lejos y los ondulados bosques en la lejanía. De niña, a menudo soñaba despierta delante de aquel paisaje, tras la ventana de su cuarto.

Se volvió y observó la tapia del que había sido su jardín. Se recordó jugando feliz en él: inspeccionaba la hierba, acariciaba las flores, seguía el rastro de los insectos, olfateaba las fragancias, hablaba a los árboles, escuchaba a los pájaros, observaba el cielo, se embriagaba con el viento… Cerró los ojos; esos recuerdos reavivaban en ella una sensación de dicha absoluta.

Sin embargo, esa época de su niñez había durado muy poco. Como era hija única, sus padres albergaban grandes planes sociales y profesionales para ella. Deseaban sentirse orgullosos de ella, presumir de su éxito en el seno de la clase burguesa a la que pertenecían, mostrarla, exhibirla. En consecuencia, Annabelle se vio obligada a concentrarse en sus estudios para sacar buenas notas y poder así acceder a los centros de educación superior más prestigiosos, que a su vez permitirían alcanzar una buena posición. ¿De qué le servía su pasión por la naturaleza a la hora de conseguir su propósito? ¡De

nada, por supuesto! Eso pensaban sus padres. Y para no disgustarlos, para mantener intacto el amor que sentían por ella, Annabelle apartó lejos de sí a la naturaleza, llegando incluso a olvidarse de ella para no sufrir.

Dejó desfilar los recuerdos mientras recorría las murallas. Llegó a una plaza ajardinada frente a la catedral y buscó un banco. El viento del oeste traía el cálido perfume de las gramíneas desde los campos.

«¿Qué habría hecho con mi vida si me hubieran dejado disfrutar del jardín?»

Lo meditó un momento. Después los pensamientos se fueron encadenando unos con otros y acabó dirigiéndose a sus padres: «Emprendí el camino que vosotros quisisteis, he logrado lo que esperabais, estáis orgullosos de mí, y aun así yo me siento perdida...».

Entonces se percató de que en esos momentos de desorientación no había acudido a sus padres, sino que se había dirigido de forma instintiva a la ciudad de su juventud, pues era allí, dentro de aquellas murallas, donde se sentía segura, en casa, en su tierra.

De repente se acordó de su hija Léna, que estaba en París, y la invadió un sentimiento de culpa, de añoranza. La llamó y, reprimiendo las ganas de llorar, le dijo que la quería.

Annabelle se quedó tres días en Langres, alejada de los agobios de su agitada vida cotidiana. Solo las pesadillas, el despertarse antes del alba y las incesantes preguntas que la asaltaban en plena noche le recordaban que esa vida existía, pero, en cuanto empezaba a clarear, su angustia desaparecía.

Recorrió en repetidas ocasiones la pequeña ciudad. Mientras paseaba sin rumbo fijo, se detuvo en los bares que frecuentaba de joven, se topó con varios compañeros del instituto y con algún que otro amigo de sus padres. Se dejaba llevar por la levedad, y le parecía que había disfrutado muy pocas veces de unos momentos de calma y serenidad como aquellos; solo echaba en falta a su hija.

Contra todo pronóstico, el campesino se había colado a menudo en sus pensamientos. Por eso, cuando al cuarto día su mala conciencia la empujó a regresar a París, decidió dar un rodeo para ir a saludarlo.

Le costó dar con la carretera. Cuando por fin consiguió llegar a la granja, había una camioneta blanca aparcada en el patio. Llamó a la puerta de la casa. Le abrió un hombre con bigote que, con un marcado acento local, le indicó dónde encontrarlo:

—Ha salido hace un momento a dar una vuelta con Melchior por los trigales. Vaya por ese sendero de ahí —lo señaló con el dedo—, enseguida lo alcanzará; camina muy despacio.

«¿Quién es ese tal Melchior? Menudo nombre.»

Después de un recodo, distinguió al campesino a lo lejos y el enorme trasero de un buey: Melchior.

Al verla, Georges se mostró sorprendido y alegre al mismo tiempo. Desde que esa mujer pasó la noche en su casa, había pensado en ella en varias ocasiones, soñando con que ella volvía a hacerle preguntas y se maravillaba por todo.

No disimuló su asombro:

—¡Buenos días! ¡Vaya sorpresa! Pero ¿cómo me ha encontrado? —Se le notaba el acento lánguido de la gente del este.

—¡Buenos días, Georges! Me lo ha dicho un señor con bigote.

—¡Ah, claro! Lucien.

De oficio tendero ambulante, Lucien abastecía a su primo Georges todas las semanas.

—Vuelvo a París —anunció Annabelle—, pero antes quería despedirme de usted y volver a darle las gracias por acogerme el domingo.

—No tiene por qué dármelas. Usted lo necesitaba.

Le habría gustado decirle que para él había sido un placer, sin embargo su timidez se lo impidió.

—¿Le importa si le acompaño un rato? —propuso ella.

—No, al contrario.

Echaron a andar los tres, el campesino entre Annabelle y Melchior.

—No he visto ni oído ningún perro en su finca... ¿No tiene?

—Tuve uno. Vivió muchos años, casi veinte... pero murió hará cosa de un año. —Le dedicó un pensamiento a su perro y prosiguió—: Era un buen amigo. Se llamaba Homère. Le leía cuentos casi todas las noches. Le gustaba.

Una sonrisa teñida de nostalgia asomó a su rostro.

—¿Por qué no se busca otro perro? —preguntó Annabelle—. Seguro que lo echa de menos.

—No echo de menos otro perro, sino a Homère; me resultaría raro sustituirlo.

El camino ascendía entre un bosquecillo y un campo de centeno.

—Es lo mismo que cuando se me muere algún buey y tengo que criar a otro para que ocupe su puesto —añadió Georges—. Aunque en ese caso no me queda otra si quiero seguir cultivando la tierra... En cambio, Homère no tenía otro objetivo que estar conmigo. Era como una parte más de mí.

Annabelle, incómoda, deseaba mostrarle compasión, pero no supo qué decir.

Siguieron por el sinuoso sendero, festoneado de hierba alta y ranúnculos, resguardado aquí y allá por altos árboles, mientras atravesaban campos de cereales. La pendiente se volvió más empinada y Melchior pareció acusarlo. Georges aminoró el ritmo hasta que llegaron a lo alto de la colina.

La vista era asombrosa. Campos de cereales, hierba y flores que se extendían a lo largo de kilómetros por un valle suave, separados en ocasiones por arbustos y bordeados de bosques a lo lejos. En medio, una parcela de amapolas atraía la mirada. La brisa agitaba el paisaje en ondas sucesivas y modificaba sin cesar los colores, de modo que aquella inmensidad se hallaba en movimiento hasta un valle pequeño que hacía las veces de horizonte.

Se detuvieron. Georges contempló la vista. Annabelle exclamó embelesada:

—¡Es precioso!

—Mmm...

—¡Cuánta armonía... cuánta quietud! Qué envidia poder vivir aquí y

disfrutar de una naturaleza tan hermosa.

—La elección del sitio donde vivimos solo depende de nosotros —contestó él sin pensarlo.

—Sí, tiene razón. Probablemente solo dependa de nosotros.

Una ráfaga de aire les acarició el rostro y les alborotó el pelo.

—Dicho así —añadió ella—, parece sencillo. Pero visto desde mi pequeño universo, desde mi mente, algo desordenada en estos momentos, resulta mucho más complicado. —Se interrumpió, como si dudara de si era oportuno seguir—. Pero no quiero aburrirlo. No tiene importancia —acabó diciendo.

—Mmm...

Ella interpretó su murmullo como que él no deseaba que le contara sus cosas. Pero eso no era cierto. Percibía en ella una sensibilidad que le conmovía. Quería saber más.

—No me aburre. ¿Por qué es tan complicado?

Annabelle, que necesitaba confiarse a alguien, no se hizo de rogar:

—Tengo la sensación de que mi vida está vacía... Bueno, lo que quiero decir es que..., en fin..., no es que no esté llena, al contrario, lo está, y mucho. Pero yo... no tengo del todo claro para qué sirve lo que hago. Sí, eso es... ¿De qué me sirve la vida que llevo? Es extraño plantearse una pregunta así, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, continuó:

—Y será mejor que se lo diga, pero me siento aún más confusa cuando veo cómo vive usted..., bueno, lo poco que he visto... Porque, por supuesto, sin querer hacer conjeturas sobre cómo es su vida, me parece que es sencilla y serena... La serenidad es esencial en la vida.

Empujada de nuevo por sus reflexiones, prosiguió:

—En cambio, desde hace algún tiempo, mi vida es un completo desastre. Apenas duermo y, cuando lo hago, a menudo tengo pesadillas. Figúrese que a veces me entran ganas de mandarlo todo a paseo, dejar atrás esta vida estresante, coger a mi hija, comprarme un rebaño de cabras y dedicarme a cuidar de ellas mientras medito sobre el sentido de las cosas. Vamos, como usted... Bueno, según lo que he visto...

Esta vez, al campesino le dio tiempo a intervenir:

—Pero ¿qué le impide hacer lo que me está diciendo?

—¿Que qué me lo impide? Pues, la verdad…, no lo sé. Supongo que me falta valor, ¿no?

—No puedo contestar por usted. En lo que a mí respecta, nunca me ha hecho falta valor para vivir aquí y llevar esta existencia, porque siempre ha sido así. Sin embargo, sí que me haría falta, y mucho, si de pronto quisiera mudarme a París.

—Entiendo… En realidad, marcharme y dejarlo todo tampoco es factible —rectificó Annabelle, pensando en voz alta—. Debo ser realista: no estoy hecha para la vida en el campo… No pretendo ofenderlo, pero creo que me aburriría. Sin embargo, desde hace un tiempo mi vida me parece demasiado atormentada y envidio su tranquilidad.

Georges, que deseaba ayudarla, contestó en un tono inocente:

—Cuando algo me atormenta o me aflige, le hablo de ello a las flores.

Annabelle se volvió hacia él.

—¿Cómo dice?

—¿Ve ese campo de amapolas de allí? —dijo señalando con el dedo hacia el valle de un rojo vivo.

—Sí.

—Toda mi vida he estado rodeado de flores. Mi tío, que me inculcó su amor por la naturaleza, nunca quiso cultivar esa parcela. Yo seguí su ejemplo y cada año florecen las amapolas. De niño iba a hablarles en cuanto aparecían. Las niñas le hacían confidencias a sus muñecas y los niños a sus soldaditos de juguete, pero yo tenía mis flores.

—Bueno, una flor está viva, así que tiene más sentido hablarle a ella que a un juguete —reflexionó Annabelle—. Por cierto, estos días me he acordado de que, de niña, yo también les hablaba a las flores y a los árboles.

Él la miró sorprendido.

—Sí, sí —confirmó ella, sonriendo.

—¿Y le contestaban?

—¿Las flores?

—Sí.

—Pues… esa era la impresión que tenía yo… —Soltó una risita y a continuación añadió—: ¡Por supuesto que no!

—¿Ah, no? —preguntó, decepcionado—. Porque aquí las flores contestan.

Annabelle se lo quedó mirando, incrédula.

—Es más, he hecho un pacto con las amapolas —añadió él.

—¿Un pacto?

—Sí. Las dejo en paz en ese prado y, en la medida de lo posible, ellas se mantienen alejadas de mis cereales.

—¿Cómo es posible hacer un pacto con las flores?

Se volvió hacia ella.

—Le sorprende… y es comprensible. Sin embargo, es verdad. No solo hablo con ellas, sino que ellas me responden. De niño, cuando estaba triste me consolaban. Todavía hoy voy a leer junto a ellas, y a veces charlamos, intercambiamos opiniones, más que nada sobre el sentido de la vida.

Hasta ese momento Georges le había parecido una persona equilibrada y reflexiva. Su voz grave y su mirada inteligente reforzaban dicha impresión.

«¿Me está tomando el pelo o ha perdido la cabeza? Bien pensado, puede que no sea tan sensato como yo creía… Venga, ¡ya va siendo hora de volver a casa!»

No obstante, el campesino tenía otros planes para Annabelle.

—¿Por qué no intenta contarles sus problemas? Nunca se sabe… ¡Quizá la ayuden!

—Ay, no. No, no, le agradezco su propuesta, pero… eso no es para mí —respondió ella mirando la mancha roja—. Será mejor que me vaya.

En el momento en que Melchior sacudió la cabeza y golpeó las pezuñas contra el suelo, el campesino dijo:

—Piensa que estoy loco y no se atreve a probar suerte, ¿verdad? Le voy a explicar qué podría ocurrir si lo intenta: cuando esté cerca del campo de flores, divisará una amapola que destaca entre las demás, más grande, más grácil y también de un rojo más intenso. Acérquese a ella y háblele de lo que le preocupa, sin titubear, sin miedo a hacer el

ridículo. De todas maneras estará sola, porque no la acompañaré: tengo que llevar a Melchior de vuelta al establo.

Annabelle escrutó a Georges. Hablaba en serio y parecía sincero.

«A estas alturas de mi vida, ¿qué pierdo con intentarlo?»

Observó el campo rojo, después su mirada regresó a Georges y se perdió en el vacío, en la distancia, en el horizonte. Tras unos instantes de silencio dijo:

—¡De acuerdo! Iré.

Él se mostró conforme.

—Bueno… ¿cómo puedo llegar hasta allí? —preguntó ella.

—Siga por esa vereda unos cien metros, luego tuerza a la izquierda y bordee aquellos trigales de allí. —Señaló con el dedo—. El camino la llevará hasta el campo de amapolas.

—Muy bien. ¡Vamos allá!

Y Annabelle puso rumbo hacia lo fantástico.

«Bueno, ahora debo encontrar la amapola de mayor tamaño. Una flor que habla… ¿Tan mal estoy para creer que puedo charlar con ella?»

Cuando casi había llegado al campo de amapolas, se paró y buscó la más alta, la más elegante, la más brillante. Inspeccionó el centro dando por sentado que allí se encontraría la más majestuosa. Sin embargo, no la vio.

Siguió andando.

Volvió a detenerse en una esquina y examinó el manto de amapolas. El viento, que hacía ondular las corolas sin cesar, no se lo ponía fácil.

«¿Cómo distinguir la gracia de una flor entre miles? En cuanto al color de los pétalos, no para de cambiar según les dé el sol: a ratos pastel, a ratos bermellón, a ratos púrpura.»

Se le ocurrió agacharse hasta que su mirada quedó a la altura de las flores: si había una más alta, la vería despuntar sobre el resto. Pero, por más que se concentraba, seguía sin ver una que sobresaliera.

Perseveró y bordeó el prado escarlata sin dejar de buscar. Entonces distinguió a su derecha un sendero que se perdía entre las amapolas. Lo tomó.

Notó que las flores la cubrían poco a poco con la seda de sus

pétalos, con su inefable suavidad, por lo que, extrañamente, aquella inmersión entre las amapolas le recordó a un baño, cuando el agua abraza el cuerpo, lo envuelve, refresca la piel y hechiza los sentidos; y de pronto, en aquel estado, las dudas que había albergado sobre el objeto de su singular búsqueda se disiparon: presentía que tarde o temprano el encuentro acabaría produciéndose.

8

Una amapola grande de un rojo casi carmín se combaba hacia la tierra como si fuera un lirio del valle. Se hallaba cerca del borde del prado. Annabelle se detuvo frente a ella y, sin pretenderlo, sin poder controlarse, las palabras le salieron sin temor, sin complejos, sin contención:

—Llevo meses con ansiedad por la noche y tristeza durante el día. Hace poco era una mujer feliz, pero ya no; todo lo contrario. Estoy harta de darle vueltas a mis problemas y no comprender nada... A fin de cuentas, tengo todo aquello con lo que soñaba: éxito, dinero, salud...

La amapola se irguió despacio y Annabelle oyó:

Piensas todo tener,
pero me puedes creer:
nada tienes de veras,
lo que propio consideras
no es en realidad
fruto de tu voluntad.
Has de ser realista:
vives en un mundo materialista,
una civilización que te miente
y llena de terror tu mente,
un mundo de apariencia
y de competencia,
regido por el afán de tener
y la sed de poder.
Nosotras, las flores,
no albergamos temores
pues de tierra y agua nos alimentamos,

del viento y del sol disfrutamos,
libres de la fiebre productiva
y de toda expectativa.
Florecemos muy poco tiempo,
pero disfrutamos del momento
sin ataduras ni aflicción
y con una sola obsesión:
apurar hasta el último segundo.
La existencia es la única verdad de este mundo.

Annabelle se quedó atónita unos instantes antes de soltar con ironía:

—¡Vaya, llevo veinte años luchando como una condenada para hacer realidad mi sueño y, ahora que he alcanzado el éxito, resulta que si no soy feliz es porque me he equivocado de camino! ¡Bien, pues muchas gracias!

Reflexionó un momento y luego le preguntó a la flor:

—¿Qué debo hacer para ser feliz?

La amapola contestó:

Déjame que te diga:
el dinero no lo es todo en la vida,
y tú, al estar por él subyugada,
eres bastante desgraciada.
Existe otro camino
hacia la felicidad,
y no es un desatino
ir en busca de la verdad.

La rabia se apoderó de Annabelle. Y pensó con ironía:

«Resumiendo: después de luchar con uñas y dientes para conseguir resultados tangibles, ahora tendría que buscar algo que no percibo para obtener un resultado intangible. Como en un juego del escondite gigante. Un grano de arena en medio del desierto. En definitiva, un objetivo inalcanzable».

Como si le hubiera leído el pensamiento, la amapola dijo:

Es cosa muy frecuente:
Haber navegado en tierra conocida
no quita que de repente
te encuentres perdida
o ligeramente desprotegida.
Debes crear tu vida.
Una vida que sea pura,
no la de tu educación,
tu cultura
o civilización.
Si de lado no las puedes dejar,
de ellas te has de liberar,
aunque sea parcialmente,
y alcanzar tu libertad.
Libre de ese bagaje demasiado influyente
y en aras de un instinto más potente,
serás tú quien tome
tus propias decisiones
sin temor a ser mal vista,
incluso por ti misma.

Desenmascarada, desnudada, Annabelle renunció a indignarse.

—Todo eso está muy bien, pero ¿cómo voy a proyectarme hacia algo que no concibo? Además, poner mi vida patas arriba, reconstruirla por completo, me llevaría al menos veinte años, y nada me garantiza que vaya a conseguirlo. Podría morir de vieja antes de alcanzar mi objetivo.

No hay nada seguro,
nada que en un futuro
te haga pensar que nunca
conseguirás lo que te gusta,
te relaja y te eleva.
Así como un cielo gris y pernicioso

puede de buenas a primeras
volverse azul y luminoso.
Antes que nada te conmino
a que halles el camino
que conduce a tu corazón
sin temor ni pasión.
Y como te diriges a donde deseas,
tu vida ya se metamorfosea.

Annabelle escuchaba sin moverse. De lo que acababa de oír, sentía más que comprendía, adivinaba más que concebía. No tenía más preguntas, y la amapola, que lo sabía, le dijo a modo de despedida:

Cuanto acabo de decir
lo sabe ya tu corazón,
pero este no logra salir
de la jaula de la razón.

Entonces languideció y se dobló con el peso de sus pétalos.

No marcharse de aquel lugar extraordinario equivalía a no salir del sueño. Impregnarse de las palabras mantenía el encantamiento. Contemplar las flores prolongaba la sensación de bienestar.

Annabelle se quedó pensando. Una novedad en su turbulenta vida de adulta. Permaneció allí una hora o dos, sumida en una inmovilidad plácida.

No obstante, ella lo sabía: la razón prevalecía sobre el corazón, sobre su euforia y su fogosidad, sobre su sinceridad y su candor, de manera que poco a poco la magia acabaría carcomida, el arrobo, mermado, el bienestar, alterado, hasta que ese momento prodigioso se desvaneciera y quedara relegado a los abismos de su mente cartesiana y formateada.

En cierto modo era mejor así. De lo contrario estaría loca, loca por creer en una realidad tan absurda que resultaba imposible.

«Una flor no habla. Es inconcebible... Es un sueño, ¡solo un sueño! Un sueño como otro cualquiera.»

Se aferró a esa convicción y decidió que no tenía sentido entretenerse con un espejismo. Incluso se dijo que debía alejarse de allí por temor a creerlo real si se quedaba más tiempo.

Al principio retrocedió despacio, luego se detuvo. Dudaba, el sueño había sido muy intenso y persistía en tratar de engañarla. Con todo, se dio la vuelta y apuró el paso hasta la linde del prado.

Cerró los ojos, respiró hondo varias veces, los volvió a abrir lentamente, contempló las amapolas mecidas por el suave viento y exclamó:

—¡Adiós, flores!

Al regresar a la granja, Annabelle no encontró allí al campesino. Lo esperó pacientemente, necesitaba explicaciones.

Por fin, Georges apareció a media tarde.

—Pensaba que se había marchado —dijo él.

—Claro que no. Nunca me habría ido sin despedirme, además... después de lo que ha pasado, tenía que hablar con usted.

Se puso delante de él y dio rienda suelta a todo lo que había estado rumiando:

—La flor que habla no es real, ¿verdad? Es un truco.

—¿Un truco?

—Sí... quiero decir... es... es magia... Porque, ¿es usted un mago? —preguntó enarbolando una sonrisa inquisitiva, a la espera de una respuesta. Sin embargo, no le dejó tiempo para contestar—. Bueno, por otro lado, la flor no dijo sandeces. Al contrario, ¡era tan real, tan cierto, tan todo...! Por favor, dígame que es un truco, porque si no me iré más trastornada de lo que he llegado.

—A ver si lo entiendo, ¿la amapola le ha hablado?

Annabelle asintió. A él lo invadió una alegría tremenda.

—Bueno, ¡eso es lo que importa! —dijo sonriendo.

—¡No, se equivoca! —estalló ella—. Lo importante es saber de dónde vienen esa voz, esas reflexiones, la capacidad de leerme el

pensamiento. ¡Eso es lo que realmente importa, más que todo lo demás!

—Vaya, de modo que eso es lo que la intriga.

—¡Exacto!

Ella lo miró con una súplica en los ojos.

—Por desgracia, no puedo contestar a su pregunta. —Continuó como si lo que decía resultara evidente—: Siempre he hablado con las flores y siempre he oído sus respuestas. Nunca me he planteado nada, y, en caso de hacerlo, quizá lo lógico habría sido que me preguntase por las facultades humanas.

Decepcionado al comprobar que Annabelle solo le daba importancia a la forma, se alejó sin decir nada y se dirigió a la casa un tanto disgustado, entró, fue hasta el aparador y volvió a salir al patio con un gran tarro de miel.

Se acercó a ella despacio y se lo ofreció.

—Tenga, un poco de miel de la zona. Cada vez que la tome, se acordará de este lugar, de las hermosas palabras de la amapola, de las evidencias que se niega a aceptar.

Annabelle se percató de que con aquel presente Georges daba por finalizada la visita. Apenada por aquella despedida incomprensible, cogió el tarro de miel con desgana, balbució un triste gracias, subió al coche y se puso en marcha.

De regreso a París volvió a ver en su cabeza a la amapola hablándole. Trató de convencerse una vez más de que había sido un sueño. Se había quedado traspuesta, así de sencillo, y Georges, para no desilusionarla, le había seguido la corriente.

9

Al llegar a la capital, Annabelle notó que los dedos se le crispaban sobre el volante y se sintió como si fuera a la guerra. Y esa reacción estaba más que justificada: el banco que había creado hacía poco y catapultado a lo más alto no le daba respiro.

Tras unos resultados escolares lo bastante buenos para satisfacer la vanidad de sus padres, Annabelle siguió adelante con el ambicioso plan ideado por ellos. Poco a poco se había contagiado de su avidez de éxito y fue implacable en lo tocante al trabajo, por lo que fue ascendiendo peldaños concienzudamente como la alumna dócil y conciliadora que era. Cuando con treinta años la contrataron para dirigir el departamento financiero de un importante banco, sus padres, muy felices, celebraron ese primer resultado y la animaron a fundar una familia. Ella cedió una vez más y unos años después se casó, más por influencia que por ganas.

Trajo al mundo a Léna, una niña preciosa a la que recibió con una inmensa alegría; sin embargo, no tardó mucho en sentirse coartada por las responsabilidades propias de la maternidad, sobre todo cuando dos años más tarde fundó su propia empresa, un banco que comercializaba productos financieros de alto rendimiento. La utilidad de la empresa era lo de menos, lo importante era que le reportaba grandes beneficios, y la riqueza constituía el camino más rápido hacia el éxito.

Empleó toda su energía en el banco, descuidando a su marido y dedicando muy poco tiempo a su hija. Como era de esperar, su esposo no lo aguantó, aunque Annabelle, absorta en su objetivo, apenas reparó en ello. Se divorció deprisa y corriendo y solicitó la custodia compartida para tratar de conciliar mejor su proyecto laboral con el

amor por su hija.

Pero cuanto más prosperaba el negocio, más la absorbía, devorando incluso los momentos de complicidad con su pequeña Léna. El plan de sus padres se había convertido en un torbellino que, sin ella darse cuenta, la arrastraba hacia el fondo. Al menos por dentro, porque por fuera se la veía feliz, totalmente integrada en la vida parisina, donde se desenvolvía con brillantez.

Pero cuando su empresa se convirtió en una de las más importantes del mundo financiero, un logro de tal magnitud que se ganó el respeto de sus padres, Annabelle perdió el sueño. Y una simple chispa, un comentario sin importancia de Béatrice, bastó para que entrara en una profunda crisis.

De regreso a París, Annabelle no se sintió con ánimos de hacerse cargo de los negocios de inmediato. Además, no paraba de darle vueltas, como si de una enorme bola de tabaco de mascar se tratara, al asunto de la amapola parlante, que se le antojaba igual de verosímil que un camello alzando el vuelo. Así que prolongó sus vacaciones, delegó la gestión de la empresa en uno de sus directivos y se propuso investigar por su cuenta.

En primer lugar decidió visitar a su viejo amigo Charles de Puyguillaume, quien la recibió una tarde de julio. Aquel hombre de cuarenta y cinco años, alto, delgado, por no decir escuálido, y ligeramente calvo era un apasionado de las rosas.

En su jardín, Annabelle se extasió ante las flores, su hermosura, su color y su suavidad. Cuando le preguntó, él le aseguró que las rosas estaban vivas, se despertaban con la claridad del día, disfrutaban del sol y se dormían cuando salían las estrellas. También le confesó que les hablaba sin parar y que por las mañanas les recitaba versos de Ronsard.

Y admitió que les contaba su vida, sus escapadas, sus temores y sus alegrías: eran unas confidentes maravillosas.

Entonces Annabelle formuló de manera indirecta la pregunta que se moría de ganas de hacerle:

—Si pudieran contestarte... y contarte su vida. ¿Te lo imaginas? ¡Sería increíble!

—¡Sí, sería extraordinario! Hablarían de su relación con las abejas, de su rivalidad con las demás flores, de si prefieren el sol o la lluvia y, por supuesto, de lo más importante: de cuánto les gusta que las quiera. —Entonces adoptó un aire apenado y concluyó—: Pero una flor que habla, querida, es sencillamente inimaginable y seguirá siendo un sueño.

Después de aquella triste confirmación, Annabelle se despidió de Charles. Había confiado en conseguir una pista, una confesión, un milagro. Pero el bueno de su amigo, por muy amante de las flores que fuese, no las oía hablar. ¿Cómo era posible entonces que ella, inexperta en aquellas lides, poseyera ese don? Sus investigaciones empezaban con mal pie.

Pese a todo, perseveró y durante varios días interrogó a horticultores, jardineros y floristas, botánicos, agrónomos y naturalistas, buscó información en internet y en la Biblioteca Nacional. En vano. Nadie daba fe de aquella realidad.

No le quedaba más remedio que confiarse a su vieja amiga Laurence, aun a riesgo de que creyese que estaba como una regadera.

Laurence Servigny, madre atenta y mujer afectuosa, siempre le daba buenos consejos. Desayunaron juntas un día lluvioso. Annabelle le contó sus últimas aventuras y la confusión que se había adueñado de ella.

Laurence, dubitativa, le dijo:

—Esa historia me trae a la memoria «Mon amie la rose», la canción de Françoise Hardy de la que seguro que te acuerdas: «Somos muy poca cosa y mi amiga la rosa me lo ha dicho esta mañana...».

Annabelle asintió y sonrió aliviada al ver que su amiga la comprendía. Pero, más que con empatía, Laurence lo había comentado con ironía. Conocía la frenética vida de Annabelle y presentía que no iba por buen camino. Con cautela, le explicó que todo el mundo tenía altibajos. Que en aquel momento estaba pasando un bache. Que era preciso reaccionar para que lo viera todo más claro y levantara cabeza. Y le propuso que consultara a un conocido suyo, con quien

podría desahogarse con absoluta tranquilidad.

Confiada, Annabelle siguió su consejo y, acuciada por la urgencia, fue a ver al amigo de Laurence enseguida.

Era psiquiatra.

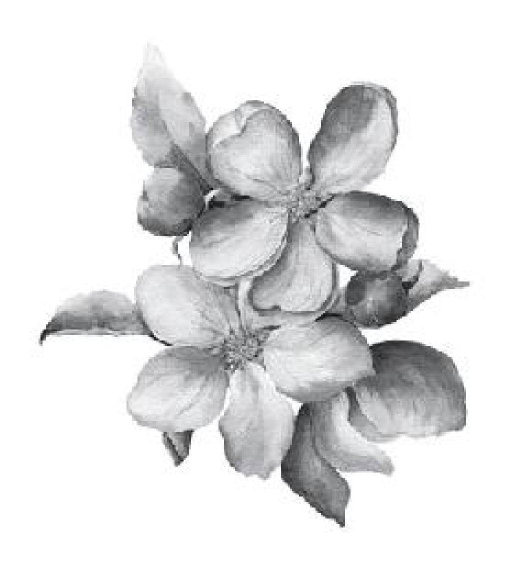
Después de dos consultas, dictaminó que las alucinaciones auditivas eran debidas a una depresión y le prescribió un tratamiento con antidepresivos en dosis elevadas.

Al cabo de varias semanas, los tormentos de Annabelle remitieron.

El psiquiatra también la hizo entrar en razón: tras una sesión de hipnosis, se convenció de que la conversación con la flor nunca había existido, y que el sueño era agradable, desde luego, pero solo era eso, un sueño.

A partir de entonces Annabelle empezó a dormir mejor, recobró su habitual dinamismo y se sumergió de lleno en su trabajo. Luchó con más ímpetu si cabe para expandir la actividad de su empresa, ganar más dinero y aumentar su éxito. Igual que antes, o casi, ya que de vez en cuando tenía un atisbo de duda, como una piedra en el zapato.

II



10

Transcurrieron veinte meses.

Melchior, que llevaba con Georges Lesage mucho tiempo, más incluso que su perro Homère, había muerto súbitamente una oscura mañana de marzo tras pasarse toda la noche mugiendo.

La pérdida del más viejo de sus compañeros de labranza sumió al campesino en una pena inmensa. En el establo, delante del gigantesco cuerpo del buey, Georges hincó una rodilla en el suelo y puso la mano derecha en el costado de Melchior, bajó la cabeza y se quedó inmóvil.

Estuvo una hora inclinado delante del animal.

Luego, cuando se le secaron los ojos, y pese a que su corazón seguía sin encontrar consuelo, cavó un hoyo profundo en un terreno contiguo a la granja, trasladó a Melchior con la ayuda de los otros bueyes y lo enterró.

Sobre la tumba, alineada con otras, perpetuó una costumbre suya: plantó un joven manzano a modo de recuerdo.

El invierno no abandonaba la meseta de Langres. La niebla y las heladas se aferraban a la tierra y a los árboles, sin dejar el menor resquicio para que entrara la primavera.

Una mañana, su primo Lucien fue a llevarle provisiones. Al ver humo en la chimenea se dijo que el duelo ya había pasado, aunque probablemente la pena aún no. Sabía que Georges cultivaba la amistad como cultivaba su tierra y que, por lealtad, dedicaba a diario un pensamiento a sus animales desaparecidos, sobre todo a los últimos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Es triste que se haya ido antes que yo.

—De no ser así, él estaría triste y tú bajo tierra tan tranquilo.

—Claro.

—Esta semana has comido como un pajarito. El pan se ha puesto mohoso.

—Sí, es cierto… Lo siento.

—Se lo daré a mi burro.

—Se pondrá de lo más contento.

—Te dejo otra hogaza.

—Gracias. Seguro que recuperaré el apetito —le dijo para tranquilizarlo.

—¡No te queda otra! Sigue haciendo frío… y ya no tienes veinte años.

Desde el comienzo del invierno, Georges Lesage se había propuesto anotar en un librito sus experiencias botánicas y sus pensamientos filosóficos.

Pequeñas notas manchadas de barro y arrugadas como el lino llenaban uno de los comederos que había en el salón. Llevaba dieciocho meses, precisamente desde la visita de Annabelle, amontonando allí las reflexiones que se le iban ocurriendo.

Una noche de diciembre las extendió por el suelo delante de la chimenea y los días siguientes se dedicó a ordenarlas, clasificarlas y agruparlas con el objetivo de elaborar un resumen.

Cogió un cuaderno de campo al que dio un nuevo uso. Tras vacilar un momento, escribió en la primera hoja: «Textos sobre la vida, su sentido y su propósito».

Comenzó rememorando la curiosa educación que había recibido. Se había quedado huérfano a una edad muy temprana y lo acogieron sus tíos. Ella era una maestra organizada, humilde, generosa y católica. Él, un campesino intuitivo, poco instruido, despistado y ateo. Asimiló conocimientos a partes iguales de ambos, por lo que tenía una especie de brecha intelectual y cultural.

Hechas las presentaciones, pasó a revelar el curioso legado de su tío: esa capacidad suya tan singular para comprender la naturaleza, pues la escuchaba y dialogaba con ella.

Pero en la escuela, al entrar en contacto con otros niños, se percató

de que no era normal oír a las plantas, y hablar de ello lo exponía a la incomprensión y al escarnio.

Durante un tiempo le dio por pensar que la naturaleza solo era especial en la finca de su tío, dentro de sus campos y sus senderos, porque él la había domesticado. Pero según fue creciendo se dio cuenta de que podía oírla en cualquier lugar y que, aparte de su tío, él era el único capaz de hacerlo.

Su tío, a quien había hecho partícipe de sus observaciones, no captó el sentido de sus palabras. Aquel hombre tenía un componente animal tan desarrollado que vivía sin hacerse preguntas sobre la causa y las consecuencias de sus aptitudes y sus actos. Se limitaba a vivir con intensidad. Y cada día que pasaba invadía su ser completa, integralmente, hasta el punto de que el día anterior y el siguiente no existían.

En lugar de contestar al pequeño Georges, reforzó aún más sus vínculos con la naturaleza por temor a que él también optase por el otro mundo, «el de los hombres a los que solo les interesan los hombres, que no comprenden nada de nada y creen saberlo todo», decía. Y, para protegerlo, le hizo prometer que guardaría en secreto todo lo que oyese de la naturaleza.

Georges creció y, con él, su secreto sobre un mundo extraordinario y fascinante en el que se comunicaba con la naturaleza. Había sabido callarse durante años; sin embargo, cuando llegó la época febril de la adolescencia quiso compartirlo con otros. Haciendo caso omiso de las protestas de su tío, invitó al campo de amapolas a chicos que conocía, a granjeros de los alrededores, a su primo Lucien, al futuro librero, a su tía y a algunos profesores. Pero las flores jamás les indicaron el camino a aquellos visitantes.

El joven Georges era inteligente y reflexivo, alumno aventajado con una mente ya madura, y aquella experiencia supuso una revelación. Escribió en su cuaderno:

> Cobré conciencia de que poseía un don único, una dimensión sensorial de la que los demás carecían. Con todo, no podía aceptar esa aptitud insólita con la misma ingenuidad con que había recibido el don de la vida. Necesitaba comprender las razones de mi aislamiento: ¿por qué yo sí y los demás no? Supuse que era una

cuestión de intuición, una especie de telepatía de la que sin duda eran responsables las partículas o las ondas. Pensaba que interesándome por la física encontraría una explicación racional a esas capacidades…

De modo que estudió Ciencias Físicas en la universidad, pero no halló respuesta a sus preguntas.

Y al terminar los estudios se hizo cargo de la granja de su tío. Para saciar su curiosidad, se volcó en la literatura científica y se dedicó a buscar, a través de una profusión de experiencias humanas, capacidades similares a las suyas. Leyó centenares de obras escritas por botánicos, agrónomos, zoólogos, naturalistas, investigadores, exploradores, ecologistas o amantes de la naturaleza. Se suscribió a destacadas revistas científicas. Convirtió a su amigo el librero en cómplice de sus pesquisas, el único, aparte de sus padres adoptivos, que conocía su secreto. De ese modo fue acumulando en su casa conocimientos enciclopédicos sobre la fauna y la flora. Con todo, no encontró ningún ejemplo análogo al suyo.

No presenciaría el milagro hasta cumplir los setenta, cuando apareció Annabelle. En el cuaderno relató su curioso encuentro con las amapolas:

Poseía una sensibilidad especial. Cuando nos encontramos por casualidad delante de las amapolas, no pude por menos que proponérselo. Ella, que parecía tan de ciudad y tan relamida, tan desvinculada de la naturaleza, reprodujo sin embargo lo que después de tantas búsquedas infructuosas yo consideraba un don único, una especie de transmisión genética o misteriosa. Qué alegría descubrir que la comunicación entre especies existe de veras. Qué alivio no ser el único.

No obstante, escribió que, cuando la mujer manifestó su incredulidad, él se enfadó y se despidió de ella. Aunque reconoció que, durante las semanas siguientes, deseó su regreso. Pero, a medida que transcurrían los meses sin recibir noticias suyas, sus esperanzas fueron desmoronándose y dieron paso a la tristeza y al misterio a partes iguales.

11

A finales de ese mismo mes de marzo, Annabelle se instaló con su hija en un lujoso apartamento parisino.

A menudo había soñado con ese momento, pues era la prueba de cuanto había conseguido: riqueza y prestigio.

Sin embargo, esa consagración material tampoco llevaba aparejado el ansiado sosiego, de modo que Annabelle se tomaba cada mañana su dosis de antidepresivos y acudía todas las semanas al psiquiatra, el mismo desde hacía casi dos años.

Durante sus conversaciones, él rechazaba las «divagaciones alucinatorias» de Annabelle, a las que tachaba de «extravíos imaginarios», cuando ella hablaba largo y tendido de la inteligencia de las flores. Quería evitar que volviera a sumirse en aquel delirio de amapolas parlantes.

Le explicaba una y otra vez que su vida actual se correspondía con sus aspiraciones. Y siempre concluía con una sentencia lapidaria: «La realidad se resume en pocas palabras: nuestros actos representan lo que somos. Dicho de otro modo: usted hace lo que es. Lo demás son tonterías».

Pero precisamente eso era lo que la inquietaba: lo que hacía no le llenaba lo más mínimo.

«De lo contrario, no me preguntaría qué sentido tienen mis actos y no acudiría a un psiquiatra.»

Así que solía cuestionarse la utilidad de su tratamiento, ¿y si era eso lo que la perturbaba?

Pero aun así seguía adelante con él, sin convicción pero con constancia. Tenía la vaga esperanza de que, con el tiempo, hablar de ello le permitiría llevar una vida sin preguntas, sin conflictos, sin sentimiento de culpa. Casi como antes, unos diez años atrás. Paradójicamente, por aquel entonces estaba en plena ascensión

profesional y se sentía bien, y ahora que había conseguido el Grial, se hacía más preguntas que nunca. Su realización profesional debería ser sinónimo de placer y despreocupación, pero no era así.

En el piso nuevo aún le faltaba por organizar la cocina. Del fondo de una caja de cartón sacó un tarro de miel. No llevaba etiqueta. Estaba sin abrir. La sustancia era sólida y amarillenta.

Observó el tarro de cristal, sin saber de dónde había salido ni qué hacer con él: tirarlo o quedárselo. Al final lo puso al baño maría para licuar la miel y luego lo dejó enfriar.

A la mañana siguiente, cuando terminó de ordenar la cocina, cogió el tarro, hundió una cuchara en él, se la llevó a los labios y, cuando el dulzor le acarició el paladar, se desmayó y cayó al suelo con estrépito.

12

Una hora después abrió los ojos.

Estaba tendida en el suelo de la cocina en una postura extraña. Había miel y esquirlas de vidrio esparcidas sobre las baldosas. Percibía los latidos del corazón en su dolorida cabeza, donde todo se hallaba disperso: los recuerdos, los pensamientos, las opiniones, los propósitos.

Se quedó en esa postura, sin moverse, vacilante, observando cómo relucía la miel. Mojó un dedo en ella por curiosidad y volvió a probarla.

Con el delicioso sabor del elixir, los recuerdos le vinieron de golpe —el campesino alto, la granja y la amapola que hablaba— y dejó escapar un grito.

Annabelle, que llevaba casi dos años intentando rechazar aquella verdad, no sabía a qué santo encomendarse. Estaba atrapada entre dos visiones, dos creencias, dos verdades que la dividían. Estaba tan confusa que le entraron temblores. Cuanto más se esforzaba por controlarlos, más se acentuaban. Poco a poco empezó a tener espasmos; el nerviosismo se adueñó de ella por los pies y fue subiéndole por el cuerpo. Cada extremidad, presa de la agitación, parecía despegarse de su cuerpo como si tuviera vida propia, y ella se estremecía, se revolvía, sin poder evitarlo. Cuando la onda alcanzó su rostro, sintió que ya no tenía ningún control y volvió a perder el conocimiento.

Annabelle se despertó a la mañana siguiente medio cubierta de miel.

Había soñado que volvía a la casa del campesino, charlaba con él, dormía en la granja e incluso sentía algo por él. Ese sueño tenía que significar algo y no podía esperar. Se levantó con la misma

naturalidad con la que se habría levantado de su cama una bonita mañana. Como si la miel en las manos y en la ropa no le molestara lo más mínimo, fue hasta el recibidor, cogió las llaves, salió de su casa, se subió al coche y tomó la carretera en dirección a Langres.

Encontró la granja con la misma facilidad que un caballo que regresa a su cuadra.

En el patio frenó derrapando, se bajó rápidamente del coche y entró en la casa sin llamar.

13

Georges estaba leyendo plácidamente en un sillón cerca de la chimenea. Estupefacto ante la visita repentina, se levantó de un brinco.

En cuanto lo vio, ella se sintió mal. Aquel hombre existía, no era un sueño, y la cabeza empezó a darle vueltas. Se agarró con una mano a un comedero; con la otra, a una pila de libros, pero las piernas apenas la sostenían y se desplomó llevándose los libros por delante. Se quedó de rodillas, con un hombro apoyado en la pared. Se le aceleró la respiración y se le nubló la vista. Intentó un vago discurso, una explicación, una palabra; sin embargo, de su boca no salió sonido alguno. Así que, resignada, cerró los ojos arrasados en lágrimas y se durmió, hecha un ovillo.

El campesino cargó con ella hasta el sofá y la depositó allí con delicadeza. Pero, cuando fue a soltarla, se sorprendió al ver que sus ropas se resistían a separarse. Aquello lo desconcertó: semejante caso de magnetismo era cuando menos insólito.

Siguió inclinado sobre Annabelle para examinar el origen del problema, y debido a la proximidad de sus cuerpos, unidos por las circunstancias, su mirada se posó en el delicado cuello, los labios sonrosados, las largas pestañas... y le entraron ganas de darle un beso.

«¿Qué me pasa?», se preguntó con el corazón desbocado.

Georges Lesage no era un patán que se sirve sin permiso. No solo era tímido y reservado, sino cortés. Aquella virtud prevalecía siempre sobre sus emociones y a veces incluso le pesaba no ser más directo, espontáneo o atrevido.

«¿Qué le diría si ella se despertara al sentir un beso?»

La perspectiva de semejante bochorno zanjó el problema. Y, para no sentirse tentado, decidió acabar con aquel abrazo invisible. Observó bien las prendas, que se atraían, y con lentitud infinita, como si fuera

un perezoso que se mueve a cámara lenta, tiró de sus manos, pegadas a la espalda de Annabelle, y se separó de ella.

Tardó un rato en comprender que la miel era la causa de lo que él pensaba ingenuamente era una misteriosa atracción. Se sintió incómodo: «¿Cómo se pone uno perdido de miel?». Decidió no especular demasiado al respecto y esperar a que ella despertase.

La arropó con un edredón que olía a heno y se sentó a su lado en un viejo sillón.

Una hora más tarde, Annabelle abrió los ojos.

—Buenos días, señora.

Ella dio un respingo, sorprendida, pero enseguida se tranquilizó al ver que era él, su voz grave, su presencia.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó él algo preocupado.

—Bien… bien, gracias. —Primero vaciló, pero luego propuso con timidez—: Me gustaría que hablásemos…

—Por supuesto, eso sería muy provechoso —respondió él.

14

Annabelle no recordaba gran cosa y quiso saber cómo había llegado a la granja. Sintió vergüenza cuando el campesino le explicó lo sucedido. Luego fue directa al grano:

—Hace menos de dos años me sugirió que hablara con una amapola. Seguí su consejo y después de aquello creí volverme loca.

Lo miró fijamente. Él guardó silencio.

—¿Y sabe por qué? —preguntó.

—Creo que me hago una idea.

—¡Porque en mi mundo las flores no hablan!

Georges tenía la expresión contrita de un acusado al que declaran culpable, cuando en realidad estaba exultante por haber encontrado al único ser que, además de él y su tío, había escuchado la sabiduría de las flores. Había que celebrarlo:

—Voy a preparar té de achicoria, ¿le apetece?

Pese a su impaciencia, Annabelle no pudo rechazar la invitación. Al regresar de la cocina, él le preguntó:

—Entonces ¿recuerda que le haya hablado una flor?

—Sí... bueno, eso creo... —tartamudeó—. Digamos que más bien lo creí..., quiero decir, creí creerlo... en ese momento. Bueno... si le digo la verdad... creo que sí.

Él sirvió el té de achicoria mucho más tranquilo y dijo con entusiasmo:

—Bueno, ¡si lo cree, es que ocurrió!

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó con un punto de agresividad—. ¡Usted no estaba allí!

Annabelle esperaba aclaraciones que no llegaron. Finalmente, con los ojos llorosos y un hilo de voz, le explicó a duras penas lo sucedido.

Primero citó de memoria su conversación con la amapola, y mientras lo hacía se le secaron los ojos, su voz se animó y se le

alborozó el corazón. No obstante, en cuanto terminó se puso seria, le confesó que no lo comprendía, le contó lo de las pesquisas que había llevado a cabo en vano y el tratamiento psicológico, hasta la aparición del tarro de miel.

Respiró hondo.

—Prefiero no describirle mi locura de las últimas horas, pero el estado en el que llegué a su casa lo dice todo. ¿Lo entiende? Para mí no es un asunto banal. Así que si pudiera ayudarme, arrojar un poco de luz, decirme la verdad… La auténtica.

Georges no podía entender que Annabelle no creyese en lo que oía, y que rechazara la pureza de una flor y la riqueza de su conversación.

—La verdad está en lo que ha vivido, aunque usted dude de que haya existido —dijo él—. La verdad siempre está delante de nuestros ojos. Se muestra, se expone, surge ante nosotros. Podemos rechazarla porque no nos conviene, porque no entra dentro de lo que consideramos normal o porque no pertenece a nuestra área de conocimiento. Cuando la verdad se pone en duda de ese modo, adquiere la apariencia de un espejismo, de una alucinación, incluso de una mentira. Le parece impensable que una flor pueda hablar, cuando para mí es de lo más normal. Por supuesto, está en su derecho de creer que soy un fabulador. En cambio, si diese crédito a lo que experimentó, eso significaría que el mundo es distinto de la visión que tiene de él, que es más inteligente de lo que le han dicho, más asombroso, más sutil, más prodigioso. Pero eso es justo lo que parece negarse a admitir.

La observó con bondad.

—Hay que reconocer que tenemos dos concepciones distintas de la realidad. Es curioso, ¿no? Pero la cuestión es: ¿quién tiene razón? —Hizo una pausa para beber y añadió—: Lo que resulta paradójico son todas esas certezas que, por el contrario, acepta sin más.

—¿A qué se refiere?

—¿Ha estudiado alguna carrera?

—Sí, Economía.

—Entonces deduzco que tiene un pensamiento lógico y racional, ¿no es así?

—Sí.

—¿Cree en Dios?

—No. No creo… Quiero decir: no creo que crea.

—Vaya. Ha empleado casi las mismas palabras con las que describió su relación con las flores.

—Así es.

—Sin embargo, sabe que muchas personas cartesianas, a las que se puede calificar de sensatas, creen en Dios.

Annabelle asintió.

—Sin embargo, la existencia de Dios, ya sea el de los cristianos, el de los musulmanes, el de los judíos o el de cualquier otra religión, no ha podido demostrarse científicamente, ¿no es así?

— …

—Y no por eso se llama locos a quienes creen en Dios, se prosternan ante él, le suplican, imploran su ayuda, incluso le piden misericordia. Al contrario, gracias a su fe en Dios, aun siendo hipotético, esos creyentes son considerados personas cuerdas, respetables, cuya filosofía de la vida puede tomarse como ejemplo…

— …

—Y, al contrario, durante mucho tiempo se consideró herejes a quienes no creían en Dios y alegaban que nunca se había demostrado su existencia; eran infieles a los que había que desterrar y castigar de la peor manera posible, es decir, prendiéndoles fuego. Y eso sigue ocurriendo en algunos rincones del mundo, ¿verdad?

—Sí.

—Por supuesto, la relación con una flor no entra dentro del ámbito religioso. Pero ¿qué es más sensato, creer que una flor habla si la hemos oído o creer en un Dios que nadie ha visto ni oído, salvo unas pocas personas cuyo testimonio no ha podido ser comprobado?

Annabelle permaneció callada. El campesino continuó con la demostración:

—Lo que la perturba es su soledad. Esta la induce a pensar que no ha vivido lo que sin embargo ha vivido porque nadie ha declarado jamás haber tenido la misma experiencia. A diferencia de usted, son muchos los que creen en Dios —millones de mujeres y hombres desde

hace siglos—, y al tratarse de un fenómeno de masas piensan que llevan razón: la incertidumbre respecto a la existencia de Dios se transforma entonces en una certeza. Es el mundo al revés, en cierto modo.

Annabelle comprendía la lógica de la demostración pero, pese a todo, seguía dudosa, recelosa.

—Me parece que la tiene tomada con la religión —le espetó.

—No me malinterprete. He utilizado la religión para compararla con su situación. No pretendo cuestionar las creencias de nadie, pues cada uno es como es, y eso es muy respetable mientras no se perjudique a otros.

—No siempre es así —se lamentó ella.

—Por desgracia...

—Volviendo a las flores, la comparación con la religión es interesante, aunque eso no demuestra que me haya hablado una flor.

—Cierto.

—Quizá lo mejor sería que intentase revivir la experiencia con la amapola.

El campesino sorbió ruidosamente el té de achicoria y dijo:

—¡Claro! Solo que hay un problema: las amapolas aún no han florecido. Falta un mes.

—¡Ay, no!

—Sí. Pero puede intentarlo con las anémonas...

—¿Las anémonas? ¿Quiere decir que también hablan?

—Exacto.

—¿Y hay más flores a las que podría oír?

—Sí.

—¿Sí, cuántas? —se alteró ella.

—En realidad, todas. Todas las plantas herbáceas con flores. Miles de especies.

Annabelle soltó una risita nerviosa.

—¿Quiere decir que podría hablar con todas las flores como con cualquier ser humano con el que me cruzara por la calle?

—Es probable.

—Pero si estoy rodeada de flores casi a diario y jamás he oído

nada… ¿Cómo se explica eso?

—Como nunca ha creído en sus facultades, seguramente se ha vuelto sorda. No está atenta a la escucha.

—¿A la escucha de qué?

Annabelle empezó a emocionarse en el sofá y su cara recuperó el color.

—A la escucha del exterior, de cuanto la rodea, de la naturaleza —contestó Georges—. Se la ve tensa, demasiado centrada en usted, en sus conocimientos, sus convicciones, sus objetivos. No se lo tome como una crítica. Solo es una constatación. Tiene los sentidos atrofiados y la sensibilidad mermada: es probable que ya no oiga el rumor de la brisa en los árboles ni el canto de los gorriones al amanecer. Respecto a su inocencia, supongo que ya no queda nada de ella.

—¿Hace falta ser inocente para oír a las flores?

—Es posible que sea necesaria la credulidad de un niño para pensar que todo está abierto, es viable, posible, accesible.

—¿Me está diciendo que hace dos años era inocente y crédula pero ya no?

—Quizá.

Annabelle frunció el ceño.

—Veo que tiene dudas —dijo Georges despacio—. Debe comprender que todos, y con todos me refiero a los seres vivos, tenemos el mismo origen. Estamos compuestos de los mismos átomos, de las mismas partículas, de las mismas bases elementales, las mismas que constituyen los fundamentos del universo. Así que lo normal sería que fuésemos capaces de comunicarnos con las demás especies y con el mundo en su conjunto. Que a esa comunicación se la llame intuición, sensación, onda, emanación, palabra, ruido, movimiento, corriente, fuerza, energía o como se quiera es lo de menos. Lo que cuenta es tener cierta sensibilidad, empatía, una actitud receptiva. Gracias a eso, los animales y las plantas están en contacto y dependen totalmente unos de otros. Por ejemplo, en algunos lugares de África, al final de la estación seca, hay animales que saben por instinto dónde caerá la primera lluvia, pese a que cada año el lugar varía. Eso es lo que

empuja a algunos peces, mariposas, pájaros y muchos otros animales a migrar y a encontrar siempre el camino. Eso es lo que ha llevado al hombre a conseguir por medio de la palabra una forma de expresión tan compleja. Sabemos muy poco o nada sobre la comunicación en la naturaleza y la inteligencia de los seres vivos, pero hay que decir que es más común de lo que se cree.

15

El tiempo transcurría y la noche fue cayendo sobre aquellos dos seres absortos en su conversación. Annabelle acariciaba muy despacio el edredón con la yema de los dedos mientras se dejaba llevar, deseando para sus adentros que aquel momento no acabase nunca.

—Me impresiona lo mucho que sabe del tema.

Él asintió con modestia.

—Si todo el mundo se comunicara con la naturaleza, no me interesaría tanto. Pero, aparte de mi tío, yo mismo y ahora usted, no he conocido a nadie que la oyera.

—¿En serio?

—Sí, y me pasé años tratando de entender por qué.

—¡Igual es que estamos locos!

Él sonrió.

—Quizá… pero no lo creo. En esta casa hay muchos libros de ciencias naturales dedicados a las plantas. Durante mucho tiempo el hombre consideró que era el único ser dotado de inteligencia, que los animales apenas tenían y las plantas en absoluto. Hace varias décadas, quienes hablaban de la inteligencia del mundo vegetal eran objeto de las burlas de la comunidad científica. Y ahora se ha reconocido que esas personas tenían razón.

—¿En lo que se refiere a las flores?

—No solo las flores. Todas las plantas dan muestras de discernimiento, aprenden, memorizan, son listas y astutas. Por supuesto, el caso de las flores es el más evidente. Y usan esa astucia para atraer a las abejas, las mariposas y las mariquitas con un único propósito: reproducirse. Nada se ha dejado al azar: el color, el olor, la forma, el proceso de fecundación y de propagación. Hay tantas estrategias como especies de flores. Pero no son las únicas que hacen maravillas. Muchas plantas programan sus semillas. ¿Sabía que las

semillas pueden vivir varios años en la tierra hasta alcanzar las condiciones óptimas para germinar? En algunos casos esperan siglos, incluso milenios. Y durante todo ese tiempo la vida sigue milagrosamente activa en su interior. En suma, facultades que nosotros no poseemos.

—Tendrían que congelarnos; aun así, dudo que saliéramos con vida.

—Lo más probable es que no… Ni siquiera utilizando la tecnología conseguiríamos adquirir esas capacidades, y a pesar de todo miramos por encima del hombro a esos seres que sí las han desarrollado.

Sirvió más té de achicoria.

—Aunque ahí no acaba la cosa: las plantas son capaces de relacionarse con su entorno a través de sustancias químicas que despiden y reciben por el aire y la tierra. Interactúan unas con otras, pero también con los animales. Por ejemplo, pueden atraer a determinados insectos, depredadores de sus propios depredadores. De esa forma, se comunican con el mundo animal cuando lo necesitan. ¿Por qué no iban a hacerlo con nosotros, siempre y cuando estuviéramos predispuestos a oírlas?

Georges disfrutaba con la presencia de Annabelle, con su encanto, sus preguntas, su conversación. Para prolongar esos momentos tan preciados, la invitó, no sin grandes dificultades, a cenar y a quedarse a dormir en la habitación que ya conocía.

Annabelle aceptó de inmediato, «incluso demasiado deprisa», se dijo, teniendo en cuenta la reserva de la que hacía gala.

—¿Tendría algo de ropa para prestarme? Estoy toda pegajosa…

—¡Claro! No había pensado en eso.

Subieron por la vieja escalera de madera y ella se agarró al pasamanos curvo, pues tenía la sensación de que se tambaleaba.

En el piso de arriba, el campesino abrió las puertas de un armario antiguo y un olor a madera se esparció por el ambiente. En su interior, la ropa estaba impecablemente ordenada. Tras escoger varias prendas, se volvió hacia Annabelle:

—He elegido lo más pequeño, pero es bastante probable que le esté

muy grande.

Después la condujo a la habitación y se despidieron hasta la cena.

16

La cocina no era su fuerte, sin embargo para aquella cena improvisada Georges decidió emplearse a fondo y preparó un puré de verduras que a menudo le había visto hacer a su tía.

Cuando el plato estuvo listo y la mesa puesta, esperó pacientemente a Annabelle.

Ella apareció unos momentos después. A pesar del amplio pantalón marrón, la camisa de cuadros y la camiseta interior de lana, tenía muy buen aspecto. A él le turbó verla con su ropa y apenas se atrevió a mirarla.

Se sentaron a la mesa.

—Tiene una casa muy grande —comentó ella—. ¿Siempre ha vivido solo?

—Pues... en realidad no. Vivo con mis compañeros.

—¿Se refiere a sus animales?

—Sí, eso es.

Por un instante, dudó.

—Y... esto... ¿tiene hijos?

Él dejó de mordisquear y enarcó una ceja.

—Perdone, soy muy indiscreta.

—No pasa nada, su pregunta no tiene nada de malo —contestó él poniéndose la mano delante de la boca y terminó de tragar.

Annabelle lo escrutó entretanto.

—No, no tengo hijos.

Cruzó la mirada con él.

—No los he tenido —consideró oportuno añadir.

Agarró el vaso de agua y volvió a rectificar:

—Bueno, sí..., quizá sí que los he tenido.

Bebió un sorbo y definitivamente cambió de parecer:

—He tenido muchos, pero ninguno humano.

Posó el vaso y apoyó los codos en la mesa para contar con los dedos.

—Tuve a Homère, mi perro; doce bueyes, de los que tres están en la cuadra; cinco gallos, entre ellos el viejo Roger, que sigue vivito y coleando aunque ha perdido la voz; quince gallinas, pero hace años que no tengo ninguna. A eso hay que añadir los manzanos, los ciruelos, los cerezos, los cereales, la hierba y las flores… Todos son hijos míos… O quizá sea al revés…

Tras una pausa, preguntó:

—Y usted, ¿me dijo que tenía hijos?

—Sí, una hija —contestó ella sonriendo—. Tiene diez años.

Georges sintió que le subía la adrenalina, pero su rostro no dejó traslucir nada, salvo un imperceptible rictus de desilusión que lo obligó a parpadear dos veces. Sin querer, le soltó con torpeza:

—¿Y qué piensa su marido de todo lo que le pasa y de que se presente aquí cubierta de miel?

—Pues… el caso es que ya no… ya no vivo con el padre de mi hija porque… estamos divorciados.

Terminó la frase tan rápido como pudo.

—Desde hace poco —corrigió para no quedar mal—. Tenemos la custodia compartida. Nuestra hija vive la mitad del tiempo conmigo y la otra mitad con su padre.

Georges tenía unas lagunas tremendas sobre las costumbres sociales. El divorcio era una de esas nociones distantes con las que se había topado en las novelas y pensaba que era propio de personas inestables y temperamentales.

Se echó ligeramente hacia atrás en la silla, como si quisiera alejarse del peligro que representaba Annabelle.

Ella palideció. Georges frunció el ceño y apretó los labios.

—Lo lamento sobre todo por mi hija —dijo ella intentando arreglarlo.

—La vida moderna es así —afirmó él sin convicción—. Su hija será feliz si cuida de ella como es debido.

—¿De veras lo cree?

—Seguro. Lo importante es sentir el cariño de quienes nos rodean, y su hija necesita sentir el suyo.

Annabelle le dedicó una sonrisa agradecida.

—Gracias por tratar de reconfortarme.

Él asintió en silencio, con la mirada ausente.

De pronto, un ambiente glacial se adueñó de la estancia y recubrió con un velo de escarcha la mesa, las sillas y a los comensales. Solo el tintineo de los cubiertos rompía el silencio, pues cada uno se hallaba absorto en sus pensamientos. Georges se sentía confuso, y Annabelle, culpable.

Pero a Georges le vinieron a la mente las palabras de su tía, cuando en una feria de ganado la gente se mofó en público de la ingenuidad de su tío. «No sabes —le dijo más tarde— qué se esconde detrás de una persona. A veces alguien muestra un retraso en la lectura o en el habla, pero es excepcional en otras facetas, y resulta que, por ejemplo, tiene una intuición portentosa. Juzgar al otro es algo muy delicado. Solo Dios puede. Procura no hacerlo.»

El recuerdo le levantó el ánimo y le dirigió una mirada benévola a Annabelle. Vio que estaba pálida y algo tensa, comía maquinalmente, con gestos monótonos y la mirada gacha, sin saborear la cena. Ella pensaba que había roto el vínculo y prefería regresar a su casa esa misma noche, mejor no quedarse hasta la mañana siguiente con aquel mal ambiente. Antes de que él pudiera hacer algo para distender la atmósfera, ella levantó la mirada y dijo:

—Voy a... voy a dejar de molestarle con mis asuntos. Será mejor que vuelva a casa.

—No me molesta, al contrario.

—Gracias —contestó ella más animada, pensando que al final tal vez se quedaría.

—No hay de qué. Pero, si prefiere volver a casa, respeto su deseo.

Annabelle, que en ese momento tenía la sensibilidad a flor de piel, interpretó la frase al revés y replicó con sequedad:

—Sí, lleva razón, ¡será mejor que regrese!

Él creyó que quería marcharse en el acto y se levantó para acompañarla. Annabelle hizo otro tanto.

Poco después se hallaban en la puerta de entrada. Ella había cogido su bolso, sin embargo se olvidó la ropa en la habitación.

Ninguno propuso volver a verse. A ambos les apetecía, pero pensaban que el otro no lo deseaba.

Así que se despidieron en el patio de la granja sin más muestra de afecto que un triste adiós.

17

Llevaba más de una hora conduciendo hacia París y no dejaba de maldecirse por su dichosa impulsividad. Cuánto lamentaba no haberse explicado mejor respecto a las razones de su divorcio.

De pronto se dio cuenta de que llevaba puesta la ropa de Georges y se puso a despotricar, aunque enseguida pensó que era una oportunidad para regresar y arreglar las cosas.

Dio media vuelta y empezó a argumentar consigo misma.

«Tenía buenas razones para divorciarme, ¿no? Veamos, ¿por qué no seguí con François? No, espera... La pregunta debería ser: "¿Por qué se marchó François?"»

Pasó la hora siguiente desmenuzando su vida de esposa ausente y distante.

Llegó a la granja y, a pesar de que era muy tarde, se encontró la puerta de la casa abierta y las luces encendidas.

Apagó el motor, cogió el bolso del asiento del copiloto y, al volverse para poner un pie en el suelo, vio al campesino delante de ella.

—La estaba esperando.

Annabelle se sobresaltó.

—¡Menudo susto me ha dado!

—Perdone.

—¿Me esperaba...? ¿Cómo sabía que iba a volver?

—Es que... lleva puesta mi ropa.

—¡Ay, sí! Venía a devolvérsela.

La precedió hasta la casa.

—Me parece bien —dijo él—, pero ¿qué va a ponerse?

Ella se detuvo en la entrada, pensativa.

—Bueno, le propongo esto: me quedo con su ropa, meto la mía en una bolsa y mañana le envío la suya por correos.

La miró preocupado.

—No me diga que quiere irse a estas horas, es noche cerrada.

—Pues... sí.

—Debería pasar la noche...

De pronto los nervios le jugaron una mala pasada y se quedó sin palabras. Así que renunció a invitarla a quedarse y soltó:

—Es más seguro conducir de día, ¿no?

Annabelle se dio cuenta y acudió en su ayuda:

—Tiene razón, es más prudente que me quede a dormir en su casa.

Y así fue como aceptó la nueva invitación.

Annabelle pasó la noche sin incidentes.

En realidad, sería más acertado decir que fue una noche estupenda, pues hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

Esa mañana, el sol del primer día de abril inundó la habitación. Se aseó y bajó las escaleras rebosante de energía.

Por segunda vez, Georges y Annabelle desayunaron juntos, y la costumbre parecía haberse asentado: ella sabía que no debía hablar demasiado y él no le ofreció queso.

Ella redescubrió sus gestos minuciosos: su forma de abrir la navaja, su pericia al cortar el pan, el esmero con que untaba la mantequilla y la seriedad con que mojaba la rebanada en el café.

De buenas a primeras, cuando casi habían terminado, ella arrancó a hablar:

—Me siento avergonzada... Anoche le conté lo de mi divorcio y no quisiera que me juzgara mal.

—Pues no debería sentirse así —dijo él, decidido a enmendarse a su vez—. No tengo ningún derecho a juzgarla.

Ella quiso explicarse de todas formas:

—No me casé por amor —confesó.

El campesino se llevó un pedazo de queso de cabra a la boca.

—Tampoco fue por interés —aclaró—. Tomé una mala decisión, eso es todo.

—Ajá —farfulló él con la boca llena—. No es fácil.

—No, no lo es.

Él terminó de masticar y, tras un momento de vacilación, dijo:

—Quisiera enseñarle algo muy curioso. ¿Puede dedicarme unas cuantas horas?

Aunque se moría de ganas de ver a su hija, Annabelle aceptó encantada.

Dejaron el desayuno a medias, se calzaron unas botas, que a ella le quedaban grandes, y salieron al soleado frescor de la mañana.

18

Georges Lesage siempre tenía atenciones con sus compañeros.

Fue a la cuadra a por Archambaud, un buey de pelaje avellanado y dotado de una musculatura espectacular.

—¿Va a labrar la tierra?

—No, se viene de paseo con nosotros.

Se marcharon a paso tranquilo, con Archambaud a la zaga. A Annabelle no le hacía ni pizca de gracia tener detrás a un animal tan grande, y, al percatarse, el campesino la tranquilizó:

—Aunque no lo parezca, es manso como un corderito.

—Vaya, pues mucho mejor, no estaba muy tranquila. ¿Me lleva a ver las flores?

—Exacto.

Al llegar a un cruce, torcieron a la derecha y el camino se volvió más arenoso. A su izquierda, un extenso prado se elevaba suavemente hacia el cielo. En el centro destacaba el imponente esqueleto de una gran haya como si fuera el noble guardián de aquella tierra. Estaba esperando recibir más luz y calor para desplegar su follaje.

A la derecha, los gorriones invadían los bosquecillos y revoloteaban alborotados por la llegada de la primavera.

En el campo ya se notaba una efervescencia creciente. Era la época en la que surgían nuevas vidas: las ramas jóvenes y las yemas hinchadas, la hierba alta y las coquetas flores, los huevos en nidos ocultos y las crías en las acogedoras madrigueras, la danza de las abejas, el vals de los mosquitos, el trasiego de las hormigas, la vigilancia de las arañas...

Annabelle se abandonó al plácido paseo mientras el sol, tenue, le acariciaba el cuerpo y la hacía entrar en calor.

Caminaron despacio sin decir una palabra hasta que llegaron al pie de una colina poblada de árboles. El sendero giraba a la izquierda y

subía por el prado inclinado. Allí crecían árboles frutales, algunos más anchos que altos, y otros se estiraban hacia el cielo como conos. Georges la invitó a acercarse a ellos y los presentó:

—Aquí los manzanos, allí los cerezos y, por último, los ciruelos —dijo señalándolos con la mano.

Ella les dedicó una bonita sonrisa como saludo.

—¡La señora Dumas! —gritó él hacia los árboles.

Acercó su robusto cuerpo a los manzanos y se volvió hacia Annabelle:

—Imagine la fuerza que se necesita para alzarse hacia el cielo, luchar contra la gravedad y el viento y mantener las ramas en horizontal.

Puso los brazos en cruz.

—¿Cuánto tiempo aguantaría yo? ¿Un minuto? ¿Dos? Ellos lo hacen sin flaquear durante décadas, incluso siglos.

Annabelle admiró los árboles.

—¿Y conoce el secreto de su fuerza? —preguntó el campesino.

Ella negó con la cabeza.

—¡Están vivos! Como usted, como Archambaud, como yo, están vivos.

Annabelle vio la emoción en sus ojos.

—Por no hablar de la extraordinaria facultad que han desarrollado... —añadió.

Ella enarcó las cejas.

—Fabrican frutos. Es cierto que lo hacen para reproducirse, pero eso da igual, el hecho es que cada año, con su sola fuerza, proporcionan alimento a los humanos, los pájaros, las lombrices, las bacterias, los insectos y los roedores, a la hierba, las flores, a los cérvidos y a muchos otros seres... En definitiva, a miles de vidas.

Se arrimó a un cerezo y pegó la oreja al tronco.

—¿Quiere escucharlo vivir?

Tras unos instantes de perplejidad, ella se acercó despacito. Se situó frente al campesino, con el tronco entre los dos, puso las manos por debajo de las de él sobre la corteza lisa del cerezo y luego apoyó la oreja en el tronco.

—¿Lo oye? —preguntó él al cabo de un rato.

—¡Nada de nada!

Él se irguió y ella lo imitó.

—Entonces trate de percibir la savia que fluye en su interior. Con las manos —dijo él a media voz, señalándoselas con la mirada—. Note cómo le pasa la vibración por los dedos.

Annabelle volvió a posar las manos sobre el tronco.

—Cierre los ojos —musitó él—. Olvídese del tiempo, del viento, de los pájaros. Piense únicamente en el árbol, en el presente que les une, en sus manos sobre la corteza.

Se concentró tanto en lo que tocaban sus yemas que poco después solo existía el árbol, y a través de su corteza dura e imperfecta percibió el flujo vital que corría por él.

No se movió. Su corazón se ralentizó y su respiración se calmó. Se sentía en simbiosis con el ritmo del árbol, con su lenta vibración, su fuerza apacible, su sensibilidad a la tierra, al aire, al sol y a las manos amigas sobre él.

Le vinieron imágenes de la niña amante de la naturaleza que fue, recuerdos de una infancia feliz...

Cuando más tarde aflojó su abrazo, tenía lágrimas de emoción en los ojos.

Georges no se inmutó. Sabía el efecto que en ocasiones producían los árboles: una especie de éxtasis.

Ella posó sus finas manos sobre las del campesino, gruesas, y le susurró emocionada:

—¡Gracias!

Al sentir la suavidad de las manos de ella, a Georges se le aceleró el corazón. Tratando de ocultar su turbación detrás del tronco, dijo:

—No... no es nada del otro mundo. Simplemente acaba de sentir la vida del árbol, del mismo modo que oye el corazón de... su hija. Los japoneses hacen ejercicios de meditación y relajación con los árboles. Los abrazan, permanecen a su lado en silencio. En japonés se le llama «baño de bosque», *shinrin yoku*. Les ayuda a aliviar la tensión y les... devuelve la serenidad.

—¿Ah, sí? ¡Estos japoneses! —bromeó Annabelle.

Entonces ella retiró las manos, y Georges lamentó perder ese calor tan sensual. Volvió en sí y se dijo a regañadientes que era hora de marcharse.

Regresaron donde Archambaud, que los esperaba pastando a unos metros de allí, y retomaron el camino que subía entre la pradera y la colina llena de árboles.

—¿Todo esto es suyo?

—Los campos de la izquierda sí, pero la colina no.

—¿Y remueve toda esa tierra con sus bueyes?

—Solo las parcelas que cultivo para cubrir mis necesidades. Las demás las dejo sin labrar.

Al llegar a lo alto, surgió de nuevo ante ellos el gran valle con el campo de amapolas, que se abría hasta lo lejos en una sucesión de campos arados y verdes prados sembrados, salpicados de bosquecillos de arbustos aquí y allá.

El camino descendía por una suave pendiente, serpenteando entre los prados hasta un bosque de altos árboles desnudos, por cuyas lindes discurría antes de perderse en la distancia.

—Recuerdo este paisaje —dijo ella—. Pero no hemos estado aquí, ¿verdad?

—No, estuvimos al otro lado de la colina —contestó señalando hacia la izquierda.

Ella estaba deslumbrada, con los ojos muy abiertos.

Él la dejó contemplar la belleza del mundo unos instantes.

19

El campesino condujo a Annabelle y a Archambaud colina abajo. Tras unos cuantos pasos, ella pensó en voz alta:

—Al menos los árboles han nacido con un sentido en la vida: dar frutos... Pero, en nuestro caso, sigo sin saber cuál es ese sentido.

Él agachó la cabeza, como si se sintiera incómodo ante una cuestión tan vasta. Sin embargo, al cabo de unos segundos empezó a hablar:

—Durante mucho tiempo me pregunté qué sentido tenía la vida. —Miró a Annabelle—. Y de pronto, una noche, se me presentó la cruda verdad: vivir es el sentido de la vida.

Ella lo miró escéptica, pero él continuó:

—Es así en todas las especies: vivir cueste lo que cueste, y no hacer otra cosa que prolongar la vida, comer, beber, dormir, huir de los depredadores, resistir a las enfermedades, postergar la muerte. Todos esos automatismos solo tienen un sentido: vivir, bien o mal, pero vivir por encima de todo.

—¿Cree que vivir mal tiene sentido?

—Sobrevivir de manera instintiva, vivir mal con la esperanza de vivir mejor. —Se detuvo y señaló una planta mustia delante de ellos—. Hace décadas que ese arbusto vive mal porque los herbívoros no paran de comérselo. Sin embargo vive, a la espera de vivir mejor algún día.

—¿Y cuando viva mejor?

—Seguirá viviendo...

—¿Con qué fin?

—Con el único fin de vivir, pues vivir es un fin en sí mismo.

—Entiendo... Creo que llevo años como ese arbusto —suspiró Annabelle—. A pesar de todas las comodidades de que dispongo, vivo como una autómata, con la esperanza de que algún día la cosa vaya mejor.

Prosiguieron la marcha sin prisa.

—No obstante, todo el mundo puede darle un sentido a su vida —dijo el campesino—. La mayoría de las especies lo encuentran al reproducirse: la especie crece en número y gana territorio a fin de prosperar.

—Vivir para dar la vida —concluyó Annabelle.

—Yo más bien diría vivir y dar la vida, como dos objetivos, dos sentidos diferentes.

Una nube tapó el sol y el aire se volvió frío de súbito. Annabelle se estremeció.

—Muchas especies viven mal y aun así se reproducen, como si fueran masoquistas, para dar un nuevo sentido a su difícil vida. Es muy extraño —dijo.

—En la mayoría de los casos, la reproducción no es deseada sino que viene impuesta.

—¿Impuesta? ¿Por quién?

—Por la vida misma. Al dotarnos de mecanismos de ovulación y excitación, de acoplamiento y fecundación, todas las especies estamos obligadas a reproducirnos. Ninguna se libra. La vida sabe de la existencia de la muerte, por eso la subsistencia depende de la reproducción.

—La vida inteligente...

—Es probable —concedió él sonriendo.

—Aunque usted se ha resistido a dar la vida.

Sorprendido, asintió. Luego, tras cavilar unos segundos, dijo:

—He tenido la suerte de actuar según mis deseos.

—¿No se arrepiente de no haber tenido hijos?

—De lo que me arrepiento es de no haber transmitido lo que sé... Algo que, a un hijo, le podría haber enseñado. —Avanzaron unos pasos y añadió—: Pero no se me puede achacar una voluntad egoísta: no quería contribuir a la expansión de la humanidad. —Se volvió hacia Annabelle para explicarse—: El ser humano ha llegado a ejercer una dominación absoluta sobre las demás especies, una supremacía inquietante...

Ella lo meditó unos segundos y dijo:

—En la economía de mercado, cuando una empresa es demasiado poderosa, el organismo regulador interviene limitando su dominio, para impedir que abuse de él.

—Un organismo muy sensato... Haría falta uno similar en la naturaleza para frenar los abusos del hombre y proteger a las demás especies.

—¡Eso es utópico!

—Cierto.

—Pero, en materia de propagación, al menos es usted coherente consigo mismo.

—Bueno, eso intento, aunque no siempre lo consigo.

Se había levantado viento del este y un cielo amenazador avanzaba hacia ellos. Él le prestó su gruesa chaqueta de lana, bajo la cual ella casi desapareció.

—Usted le ha dado a su vida un sentido distinto al de la reproducción —dijo ella—. Quizá por eso ha optado por no tener hijos.

—¿Cuál es ese sentido?

—Pues su relación con la naturaleza.

—Sí..., es probable... He seguido el precepto de mi tío, que decía: «Vive como te apetezca, entonces vivirás bien».

—¿«Vive como te apetezca»?

—Sí, vive según tus deseos. Se trata de nuestra libertad. Cada cual debe seguir su propio camino, liberarse de la presión social, de las doctrinas, del conformismo e incluso de los conocimientos. Ser libre, en definitiva.

En medio del camino, un charco grande se extendía delante de Annabelle.

«Cuánto me gustaría chapotear en él como una chiquilla. Eso es lo que me apetece», pensó.

Lo esquivó, pero Archambaud, que los seguía, pasó por encima.

—¿No tenía su tío otro consejo más fácil de seguir?

—No, solo ese.

Ella suspiró.

20

—Creo que va a caer un buen chaparrón —barruntó el campesino escrutando el cielo—. ¡Será mejor que nos pongamos a cubierto!

Aceleraron el paso y se adentraron en un bosquecillo donde crecían varios abetos.

—Aquí estaremos bien. No creo que dure mucho.

La temperatura cayó bruscamente, el viento arreció y un chubasco les pasó por encima con repentina violencia.

Contemplaron la lluvia cayendo copiosamente sobre los prados. Instantes después, escampó y el sol reapareció brillante, como si tal cosa.

Salieron indemnes y tomaron el sendero resbaladizo hasta el bosque. Allí estaba el sitio que Georges quería enseñarle. Había grandes hayas y, a través de las ramas desnudas, los rayos del sol se filtraban oblicuos hasta un oscuro tapiz de hojarasca. A cuatro o cinco árboles de distancia, el suelo se aclaraba.

En pocos pasos, saltando por encima de unas ramas muertas, llegaron allí. El sotobosque se hallaba cubierto de anémonas. Tras la lluvia, las corolas se abrían perezosamente en un estallido de blancura.

—¡Qué bonito! —exclamó Annabelle—. Cuántas flores, parece nieve.

—Puedo alejarme para dejarla con las anémonas, igual que con las amapolas —le sugirió el campesino.

Ella observó las flores con una mirada profunda, como si esperase una respuesta.

—¿Usted cree?

—Me parece la mejor manera de aclarar sus dudas.

—Tiene razón. Pero, como dijo ayer, ¿estoy realmente a la escucha?

—Solo usted puede saberlo...

Caviló unos instantes en el frescor del bosque.

—No, prefiero no intentarlo… Ahora no. Con lo del árbol es suficiente por hoy.

Se quedó quieta. Resonaba el canto de unos pájaros.

—¿Por qué hay tantas anémonas aquí?

Georges conocía como la palma de su mano aquel lugar, pues a menudo había sido objeto de sus observaciones y sus reflexiones.

—Se debe a un árbol.

—¿A un árbol?

—Sí… Retrocedamos para disfrutar del sol mientras se lo cuento.

Anduvieron unos pasos para salir de la sombra del bosque y volvieron donde estaba Archambaud.

—Yo debía de tener unos seis o siete años cuando, un día de finales de agosto, mi tío me invitó por primera vez a observar de cerca la naturaleza. «No solo con los ojos, sino también con la cabeza», como solía decir… Yo siempre me hacía la misma pregunta sobre la desaparición de las flores y los árboles, los mosquitos y los saltamontes, la hierba agostada en verano y las hojas del otoño, que echan a volar con el viento: «¿Adónde van a parar?».

Se volvió hacia Annabelle como si esperase una respuesta.

—Esto… Pues yo diría que caen al suelo, sobre la tierra.

La miró con admiración.

—¡Eso es! Caen y poco a poco acaban formando parte del propio suelo, un suelo que gracias a ellos se vuelve más fértil para que broten en él otras vidas: la hierba, las flores, los árboles, los insectos y todo lo demás…

El sol incidía en el rostro de Georges, aclaraba sus cincelados rasgos y revelaba dos profundas arrugas que le surcaban las mejillas en vertical como lechos de anchos ríos. Tenía la nariz grande, los labios finos, los ojos hundidos bajo una frente despejada. El pelo le bailaba al menor soplo de aire. Le parecía guapo.

—Volviendo a las anémonas, siempre las he visto aquí —continuó —. Pero en otros tiempos yacía entre ellas un tronco grueso y viejo. Lo más probable es que se hubiera caído décadas atrás, y estaba semienterrado en la tierra blanda de este lugar tan húmedo. La parte

que sobresalía estaba toda desmigajada, cubierta aquí y allá de musgo y plántulas que habían echado raíces. Durante más de sesenta años seguí la desaparición del árbol: en la tierra, se hundía como si zozobrase lentamente; al aire, se erosionaba con el viento y la lluvia… Desapareció como si se hubiera desvanecido, esfumado. La parte que estaba enterrada se transformó en un humus rico y abundante, una tierra excepcional donde, durante decenios, arraigaron miles de anémonas blancas, felices y contentas de extraer de la riqueza del árbol el alimento necesario para desarrollarse plenamente. De ahí esa densidad que semeja la nieve.

—Es una historia muy bonita.

Annabelle sonreía. Los ojos le brillaban y sus cabellos castaños, echados hacia atrás, reflejaban el sol.

Dejaron el bosque y las anémonas y regresaron a paso tranquilo por entre los campos.

—Cuando transitábamos por estos caminos —dijo Georges—, a mi tío le gustaba repetirme, hablando de la desaparición de los seres vivos: «Son todos eternos, porque caen al suelo… se convierten en el suelo… ¡y el suelo nunca muere!». Luego, con los ojos empañados, siempre terminaba diciendo: «Y sabes, pequeño, nosotros también seremos eternos, porque cuando nos entierren nos convertiremos en suelo, en tierra».

21

Annabelle regresó a París unas horas más tarde llevándose grabada la huella leve y serena de la felicidad.

Cuando llegó el momento de despedirse, le dio un beso a Georges, aunque le pidió disculpas al verlo reaccionar con torpeza. Le dejó sus señas, apuntó las de él para enviarle sus cosas y le prometió que volvería pronto.

Los días siguientes, Annabelle colmó a su hija de mimos, tratando de recuperar en poco tiempo lo que no se había permitido darle en años.

Es cierto que se excedió en atenciones, pero lo hizo de todo corazón y de manera espontánea. Estaba claro que Annabelle ya no actuaba igual que antes. Transmitía calma y sosiego, amabilidad y benevolencia, paciencia y dulzura: una nueva forma de ser.

La sirena del éxito ya no se iluminaba en su cabeza. Así que, en vez de ir a la oficina, se tomó unas vacaciones y se quedó en París para ocuparse de su hija.

Sin embargo, a medida que pasaban los días empezó a notar un vacío, como si el tiempo y el espacio que la separaban de la granja le generasen una carencia.

Sin duda se debía al amor, que había irrumpido en su vida por sorpresa, y el deseo de ir a ver a Georges la atenazaba.

«Qué sensación más extraña.»

Annabelle jamás había experimentado la embriaguez del amor. En el pasado sintió alguna que otra vez un calorcillo fugaz, por ejemplo con su exmarido, aunque nada que se pareciera al embrujo de los sentidos, a la grata y fantástica desintegración de la razón.

Con todo, no quiso ceder a esas ansias repentinas y se dedicó a decorar el piso como si nada. Entre otras cosas, se le ocurrió llenar la terraza de flores y encargó rosales y hortensias, y también pequeños

abetos para adornar la barandilla. Había decidido plantarlos ella sola.

Como era de esperar, cuando se vio delante de las plantas tuvo la esperanza irracional de oírlas. Pero durante el rato que pasó trasplantándolas en grandes jardineras rebosantes de buena tierra no llegó nada a sus oídos. Sin embargo, no se disgustó y se concentró en las sensaciones que experimentaba.

Al día siguiente, mientras disfrutaba dando el último toque a las plantas con la ayuda de su hija, oyó que una voz la llamaba. Era más bien un coro, un conjunto de voces hablando al unísono. Al principio se quedó paralizada y no quiso moverse por temor a dejar de oírlas.

Una vez superado el estupor, inspeccionó la terraza aguzando el oído para identificar su procedencia. Era como seguir la estela de un perfume entre una multitud. Es más, estaba convencida de que el olfato estaba relacionado con lo que oía, otra rareza...

Dejándose guiar por un aroma sutil cuyas partículas parecían hablarle, llegó al pie de las abultadas bolas azules y malvas de las hortensias. Estas repetían, en un tono dulce y suave, un estribillo que le resultaba familiar:

Y como te diriges a donde deseas,
tu vida ya se metamorfosea.

«¿Otra locura de mi cerebro desquiciado?»

Con todo, aceptó la sugerencia: quería ver a Georges, eso era lo que deseaba, y a la mañana siguiente dejó a su hija con su exmarido y volvió a la granja.

Habían transcurrido tres semanas desde su anterior visita. Cuando llegó, la casa estaba cerrada. En el marco de la puerta había un sobre clavado con una chincheta. Leyó su nombre en él.

22

El sobre contenía una carta muy breve escrita con pluma estilográfica y la letra era inclinada y armoniosa. Georges la había firmado y fechado ese mismo día. Le pedía que lo esperase, volvería a última hora de la tarde. Era como si supiera...

«Esto es surrealista. ¿Tan previsible soy?»

Como tenía tiempo de sobra y esta vez se había llevado unas botas, quiso comprobar si esa mañana estaba receptiva y echó a andar por los caminos circundantes en busca de amapolas u otras flores.

El campo despertaba del invierno. Las flores, escasas, asomaban tímidamente entre la hierba a ambos lados del sendero embarrado.

Pese a todo, las primeras, unas nomeolvides arracimadas, tuvieron dulces palabras para Annabelle. Sus tallos no eran muy largos y el agua perlaba sus pétalos, y emitieron en su mente un sonido atiplado a modo de saludo, dándole la bienvenida.

Tras dejarse arrullar por aquellas agradables atenciones, Annabelle prosiguió la marcha.

Tan pronto se hubo alejado unos metros de las nomeolvides, dejó de oírlas. No fue hasta que se topó con otra flor, una prímula, cuando gracias a su aroma las dulces palabras regresaron. No eran las mismas frases, las rimas diferían, pero eran igual de cálidas.

Siguió por el camino y con todas las flores con las que se encontró, pequeñas o grandes, blancas, amarillas, rosas o azules, aisladas o en grupo, con cada una de ellas, se produjo el milagro. Era una sinfonía.

No obstante, la suerte siempre va celosamente acompañada de sus imponderables y a veces trae sorpresas inesperadas, trastocando el ánimo, los planes y la existencia.

Cuando Annabelle regresó de aquel fantástico paseo tambaleándose

de éxtasis, vio la furgoneta de Lucien en el patio. Fue él quien le abrió la puerta.

Le señaló el sofá de color crudo que tan bien la había acogido semanas atrás. Georges estaba tumbado. Cuando la vio, sonrió y le hizo señas para que se acercara.

Parecía consumido, con la tez cetrina, exhausto. Pensó que sufría un mal remoto e invisible.

Annabelle se aproximó, pero no se atrevió a tenderle la mano. Se quedó de pie, confusa, hasta que él le indicó que se sentara en una silla a su lado, como si se hubieran intercambiado los papeles respecto a la vez anterior.

—¿Y bien? —le preguntó con la voz ronca—. ¿Ha vuelto a oír la naturaleza?

—Sí —contestó ella, sonriendo con modestia.

—¿Y ahora se lo cree?

—Aún necesito un poco más de tiempo, pero voy progresando.

Él asintió con la cabeza.

—¿Qué le ocurre? —preguntó ella.

—Estoy enfermo. Un pequeño tumor.

Lucien, que estaba de pie al lado de Annabelle, con los labios temblorosos, farfullando, le explicó que Georges tenía cáncer, uno de los peores, de los más duros y peligrosos. Reveló que el pronóstico era bastante pesimista a causa del «montón de bichos que le carcomen el hígado». Acabó diciendo que no era justo y que no había tenido suerte. Por último, acongojado y superado por las circunstancias, se compadeció: «¿Qué va a ser de mí, Georges?». Después se retiró a un rincón para tratar de mitigar su pena.

Georges Lesage tenía cáncer de páncreas. Como unos años antes un allegado suyo había pasado por lo mismo, Annabelle sabía que casi nadie superaba la enfermedad. Esta se declaraba tras una gestación traicionera, y cuando se detectaba ya era demasiado tarde, pues surgía como un torrente de lava de un cráter, incandescente, voraz, incurable. Lo único que podía hacer el enfermo era rezar, luego desaparecía sin apenas tiempo de despedirse.

—¿En qué fase? —preguntó Annabelle, pálida.

Él contestó con serenidad, como ajeno a lo que le sucedía:

—Avanzada...

El tiempo, ella lo sabía, es un compañero aceptable para quien desconoce la fecha de su muerte. Pero tener conciencia de que el deterioro es inminente casi siempre suscita pavor en el enfermo. Georges era más fuerte que todo eso, pues no daba señales de preocupación. Annabelle estaba petrificada.

Al advertir su palidez, él quiso tranquilizarla:

—No hay que dar nada por sentado. Esta enfermedad tan tenaz que me roe por dentro podría acabar conmigo mañana mismo o podría atenuarse y desaparecer.

—Claro —contestó ella sin creérselo.

No quería compadecerse de él y, como no sabía qué decir, se indignó, tal y como había hecho Lucien.

—Qué mala suerte sucederle esto a su edad.

—La suerte... —replicó él con voz débil—. Esa suerte, que ahora se ha agarrado a mí como la hierba a la tierra, es la misma que me concedió al nacer un cuerpo sano, una mente reflexiva, una región de adopción rica y una familia afectuosa..., por no hablar de su infatigable presencia a lo largo de toda mi vida... Bueno, tampoco es que me haya sobrado, pero siempre me ha acompañado.

Esbozó una sonrisa contrita, como si se avergonzara de su buena fortuna.

—Nuestros conciudadanos siempre encuentran de qué quejarse, y, sin embargo, usted, yo y también ellos hemos gozado de mucha suerte, y quizá eso ha provocado que otros no hayan tenido ninguna. ¿Qué habría sido de nosotros si hubiésemos nacido en Sudán, bajo un sol de justicia, en un desierto de guijarros? ¿Cuánto tiempo habría sobrevivido? Es más, ¿podría considerarme afortunado de haber sobrevivido en la miseria y el sufrimiento?

Al verlo tan agitado, Annabelle temió que se fatigara. No sabía cómo interrumpirlo.

—Explíqueme entonces en qué no tengo suerte —dijo—. ¿Y por qué debería quejarme por morir a los setenta y dos años? Sería un auténtico desagradecido, cuando casi toda mi vida he hecho lo que he

querido.

Asintió a sus propias palabras y continuó como si estuviera hablando consigo mismo, sumido en sus pensamientos.

—Al final, la suerte, esa hada buena, no es más que una manifestación del azar, porque, no nos equivoquemos, sin azar no hay suerte, ¡son inseparables!

Como se había internado en un terreno fértil, soltó una larga parrafada, resoplando entre cada frase:

—Durante su evolución, al hombre le inquietaba esa cosa tan extraña que es la vida: nacía sin motivo, vivía sin un propósito, moría sin que hubiese una continuación... ¡Pero eso no es todo! Los acontecimientos que no tenían explicación, que carecían de lógica, se le antojaban injustos e inoportunos... Por no hablar de la insoportable desaparición de su espíritu, que con su muerte se esfumaba simple y llanamente... En definitiva, nada de lo que constituye la vida le parecía inteligible o aceptable, de modo que inventó la religión.

Se detuvo en esa afirmación como para recalcarla. Luego tomó aire y continuó con voz febril:

—Puso rostro humano a lo inexplicable por medio de dioses que aclaraban lo esencial: su creación, la de la tierra y el agua, el cielo y las estrellas, la fauna y la flora, la reproducción, el tiempo, la muerte, lo desconocido y su propio destino. A través de ese prisma místico, el hombre relegó el azar en el fondo de un armario, reescribió la historia del mundo, se arrogó un lugar central y de paso se otorgó la inmortalidad...

Hizo otra pausa, esta vez para tragar, y alzó la cabeza varias veces como si así diera impulso a su saliva.

—Debería descansar. Podemos hablar de ello más tarde... —aprovechó Annabelle para sugerirle tímidamente.

Él siguió como si no la hubiera oído:

—Ya se lo he dicho, no creo en Dios, porque en la vida nada puede preverse ni anticiparse. Creo en el azar. No se entra en guerra por azar, pues es una creencia sin representación ni veneración. Es un concepto. Por azar, de la nada nació el azar, que creó el universo y la vida y los llenó de suerte, una noción arriesgada de desigualdad,

perversa en el sentido humano, y sin embargo decisiva.

Se movió a duras penas. Annabelle hizo amago de ayudarlo, pero él la detuvo con un gesto suave de la mano.

—Verá, si el azar y la suerte no existieran, todo sería idéntico en el universo. Usted sería idéntica a todas las mujeres, y yo, a todos los hombres. Todos estaríamos en el mismo barco, lo cual significa que ya no existirían la diferenciación, la disparidad, la diversidad. Tampoco existirían presidentes, o todos seríamos presidentes; ni deportistas mejores que otros, pues todos serían los mejores, palabra que desaparecería de la lengua, del mismo modo que «primero», «último», «afortunado», «desafortunado», y por supuesto nada de esto tan esencial que nos brindan el azar y la suerte: nada de pensamiento personal, nada de uno mismo, nada de yo. No solo pensaríamos igual, sino que lo haríamos en el mismo momento. Cada generación nacería el mismo día, en el mismo segundo, en las mismas circunstancias, y fallecería en el mismo momento y por la misma causa. De ese modo, las generaciones se sucederían hasta el final de los tiempos y la vida no tendría ningún interés.

Abrió mucho los ojos y concluyó con alivio:

—El azar y la suerte son una bendición para un mundo desigual y original… —Y añadió muy serio—: Pero lo digo con la ligereza de quien no ha nacido en Sudán. Si fuese de allí, a lo mejor ya no estaría en este mundo para hablar de ello, con esta edad con la que usted dice que es mala suerte morir.

Lo sacudió una tos fuerte, luego escupió un poco de sangre en un cuenco que reposaba en la mesa baja. Sus ojos parecían errar entre la neblina de sus pensamientos, lejos, muy lejos, y no dejó de repetir hasta que le pudo el sueño:

—Las personas con suerte se cuentan por millones…

23

Annabelle lo dejó descansar y, desconsolada, buscó un hotel cercano donde alojarse esa noche.

Regresó a la mañana siguiente. Georges se encontraba en su habitación y una enfermera lo atendía. Su estado se había agravado desde el día anterior. Lucien estaba abatido.

Cuando la enfermera se hubo marchado, Georges pidió ver a Annabelle.

—Me gustaría regalarle un librito.

Tenía la tez ocre, los párpados enrojecidos, los labios descoloridos.

—Cójalo... El de las tapas de color negro... en el armarito... detrás de la puerta de cristal.

Ella agarró con delicadeza el librito, flexible como un cuaderno. En la primera página, en tinta negra, se leía: «Textos sobre la vida, su sentido y su propósito».

—Siéntese —le pidió él, señalándole una silla con un dedo débil.

Ella tomó asiento cerca de la cama.

—No sé cómo ni por qué apareció usted un día en esta granja y en mi vida... Pero aquí está, como un hada salida de ninguna parte... Y eso es lo que importa, ¿no? —dijo despacio.

Le costaba poner en orden sus ideas.

—Aquí está —repitió—, para demostrar que no soy el único, que existen otras personas con esa sensibilidad particular...; que existe una comunicación universal entre las especies... Me siento aliviado, el azar se ha mostrado generoso conmigo hasta el final.

Sonreía. Aunque la enfermedad lo estaba devorando, Annabelle se sentía atraída por él.

—He escrito varias reflexiones en ese librito —dijo con dificultad—. Se las confío.

Habría querido hablarle de los sentimientos que habían surgido en

él, del amor que le profesaba, de la llama que le calentaba el corazón.

«Pero ¿para qué?»

La observó inmóvil en la silla, seria y hermosa.

«El amor. Seguramente sea otra de las cosas que den sentido a la vida», pensó.

Esbozó una sonrisa ante esa idea, tomó la mano de Annabelle y poco a poco cerró sus ojos cansados.

Ella lo miró mientras dormitaba, con la esperanza de que pronto volverían a hablar. Permaneció así un buen rato, hasta que entró Lucien para quedarse y que ella descansara.

Annabelle bajó al salón y empezó a leer el librito que Georges le había regalado. No obstante, no comprendía nada de las páginas que sus ojos húmedos recorrían, pues no hacía más que pensar en la trascendencia de su gesto, en su valioso legado.

Una hora después, Lucien bajó las escaleras trastabillando, balbuceando que Georges no respiraba, que se había ahogado con un hipo, que se había puesto pálido como la nieve y que, aunque pareciera imposible, podía estar muerto. Luego, con la mirada perdida, salió de la casa tambaleándose.

24

Annabelle se quedó paralizada en el amplio y silencioso salón. El canto de unos pájaros se colaba por la puerta abierta de par en par, pero ella no lo oía. Tenía la mirada clavada en el techo, que, semejante a un ataúd, albergaba en el piso de arriba al hombre, sin duda fallecido, que momentos antes le había confiado sus secretos; no lloraba, no gemía, pero no tenía ninguna certeza de que hubiera muerto, por lo tanto era preciso comprobarlo, y no la abandonaba la esperanza de encontrarlo dormido.

Con un nudo en la garganta, subió lentamente las escaleras, recorrió el pasillo oscuro en un silencio fúnebre y cuando le llegó el olor de la habitación, incluso antes de cruzar el umbral, se llevó la mano a la boca, se detuvo unos instantes y entró con cautela.

Allí estaba, tumbado lánguidamente en la cama, la tez pálida, los ojos cerrados, la cabeza ladeada, un hililllo de sangre que brillaba a la luz del día cayéndole de la boca entreabierta. No parecía respirar.

Se acercó con cuidado, lo llamó para asegurarse, pero no contestó; dio dos pasos más, le tocó la mano con la punta de los dedos, se la apretó, pero no reaccionó. Embargada por una emoción cada vez más intensa, avanzó hasta el cabecero de la cama, le puso la mano delante de la boca para sentir el soplo de su respiración, pero ninguna energía animaba ya sus pulmones.

Había muerto, no cabía duda, y su envoltorio carnal no era más que el recuerdo de lo que había sido: una vida, una personalidad, una mente. De pronto, le entró una arcada y apartó la vista; deseaba conservar la imagen del hombre fuerte y guapo que poseía una sensibilidad excepcional. Salió de la habitación sin fuerzas.

25

El funeral se celebró unos días más tarde. Georges había obtenido permiso, igual que antaño su tío, para que lo enterrasen en sus tierras.

El cielo se veía bajo, lechoso. Annabelle seguía como una sombra el coche que llevaba el ataúd por los caminos de la granja hasta un lugar que ella desconocía. Iba detrás del cortejo, a varios metros de los que la precedían, seis hombres de la edad de Georges, cuatro agricultores vecinos, su amigo el librero y Lucien, que avanzaban en silencio en dos filas, acompañados por el canto de algunos pájaros.

El coche fúnebre recorrió con dificultad los senderos escabrosos y ondulados de la finca de Georges, luego se detuvo en un lugar reseco y casi desnudo que contrastaba con los rincones de aquella tierra. Al borde del camino se había cavado una tumba.

Los empleados de la funeraria depositaron a Georges allí, dentro de un ataúd hecho con viejas tablas alabeadas. Lo cubrieron con aquel suelo pobre, de piedra, arena y tierra. A continuación plantaron sobre su tumba un manzano joven, a modo de lápida.

De regreso a la granja, la presencia de aquella sofisticada mujer despertó la curiosidad de algunos de los hombres. El negro riguroso de su ropa resaltaba la palidez de su hermoso rostro, los grandes ojos verdes y el cabello castaño. Le hicieron un par de preguntas tímidas para averiguar cuál era su relación con el gran Georges Lesage, vecino discreto, cultivado y puede que hasta seductor…

Pero Annabelle, que tenía el corazón destrozado, no dio demasiadas explicaciones, lo cual hizo que se difundiera la leyenda, inevitablemente exagerada, de que entre Georges y la hermosa mujer existía una relación.

El librero la invitó a acudir al día siguiente junto a la sepultura del campesino a una ceremonia particular.

A la mañana siguiente, Annabelle se reunió con los seis hombres ante la tumba. Desenterraron el ataúd, sacaron el cuerpo, le quitaron la ropa, lo colocaron sobre la tierra en el fondo del hoyo, lo taparon y volvieron a plantar el manzano.

Aunque era ilegal, quisieron cumplir la última voluntad que Georges había dejado a su amigo el librero: «Enterradme desnudo, sin ataúd, para que mi cuerpo enriquezca la tierra... Y, al convertirme en parte de este planeta que gira en el espacio, caminaré hacia el infinito, hacia lo desconocido, hacia el destino del universo».

III



26

Al terminar la ceremonia, el librero, afligido, pidió a Annabelle que se pasara por su tienda.

Horas después, cuando ella llegó, él la esperaba leyendo un elogio a su amigo desaparecido. La invitó a tomar asiento frente a él y, tras mirarla unos instantes en silencio, le confesó:

—La próxima semana echo el cierre. Mantenía la librería abierta por Georges.

Tomó una pequeña pila de libros que estaba a sus pies, se la entregó a Annabelle y dijo con voz trémula:

—Aquí tiene su último pedido: una novedad de botánica, un libro de ciencias y dos novelas... Son suyos.

Ella le dio las gracias, conmocionada.

—Me habló de su sensibilidad. Él confiaba en que no la abandonara, que la mantuviera viva.

Annabelle guardó silencio, incómoda.

Luego el librero la invitó a té de achicoria y, tras pasar una hora sin apenas decir nada, limitándose ambos a compartir su pena, ella se marchó.

Annabelle regresó a París transida de tristeza.

Y no podía compartir con nadie la pena que sentía por la pérdida de Georges: la historia era demasiado extraña para que sus allegados lo entendieran. Debía encajarlo sola, no hablar de ello con nadie, tratar de sobrellevar el dolor. Solo la pequeña Léna le ofrecería el consuelo natural, silencioso y sincero que necesitaba.

Pasó varios días con su hija y después intentó retomar el trabajo. El librito, ese regalo tan valioso que le había hecho Georges, la acompañaba siempre, ya estuviera en su casa o en la oficina. Sin

embargo, no lo había abierto; estando aún tan reciente su muerte, no se atrevía a leerlo.

No subió a la terraza en todo el mes de mayo y evitó a las flores. Prefería vivir su duelo sin interferencias.

A principios de junio regresó a Langres dispuesta a leer el cuaderno de Georges. Quería hacerlo en sus tierras.

Nada había cambiado desde su muerte, salvo la maleza, que había crecido a sus anchas. La granja estaba cerrada, la cuadra, vacía. No se habían cultivado los terrenos, y un letrero colgaba de un árbol a la orilla del camino: SE VENDE.

En el patio, se sentó en el viejo tronco húmedo que hacía las veces de banco y empezó a leer.

Tras una emotiva introducción sobre la muerte de sus padres, a los que no llegó a conocer; su relación con la naturaleza, sus elecciones vitales, las preguntas que lo asaltaban y el enigmático encuentro con Annabelle, Georges Lesage prodigaba a lo largo de veinte páginas numerosos consejos prácticos «para las almas sensibles que deseen conversar con la naturaleza». Seguía una presentación y una alabanza a su tierra. Al final del libro revelaba sus secretos sobre el sentido de la vida y la razón de ser, el azar y la suerte, el universo y la eternidad.

Annabelle cerró el cuaderno y echó a andar por los senderos, con la esperanza de volver a comunicarse con las flores: respirar hondo, sentir la naturaleza, observarla, impregnarse de ella... Y como si hubiera encendido la radio, empezaron a llegarle los murmullos de las flores hasta que el aire se llenó de ellos.

A partir de ese momento solo deseó una cosa: vivir en el campo, en las tierras de Georges Lesage.

Fue hasta el letrero de SE VENDE, marcó el teléfono del vendedor y se llevó una agradable sorpresa cuando oyó la voz de Lucien.

Fue a verlo al día siguiente a la hora del almuerzo. Cuando le anunció su intención de comprar la finca, él le entregó un sobre muy fino. En su interior había una nota manuscrita en un papel que parecía de seda:

La estaba esperando, querida Annabelle, y la naturaleza también.

Levantó la vista hacia Lucien, con los ojos brillantes de emoción, y le tendió la nota. Él lloró al leerla y balbuceó:

—Georges me dijo que usted volvería algún día…

Cerraron el trato. Lucien le pidió un favor, poder seguir abasteciéndola de víveres cada semana. Ella aceptó encantada.

Y así fue como la finca de Georges pasó a ser propiedad de Annabelle con todo su contenido: la casa, los muebles, la ropa blanca, los libros, los víveres, que se habían puesto rancios, los terrenos sin cultivar y el recuerdo de Georges en su lecho de muerte.

27

Annabelle cambió radicalmente su manera de vivir. Vendió su empresa y se apartó del mundo de los negocios. Pasaba una semana en París cuidando de Léna y otra en la finca.

Por primera vez en su vida, se dedicaba a su pasión: la naturaleza.

Fue aprendiendo poco a poco el oficio de Georges. Por medio de Lucien, recurrió a los campesinos de la zona, que la iniciaron y la ayudaron de mil amores. Apreciaban la agricultura que practicaban sus antepasados, la que, sin productos químicos, preservaba la tierra. Ellos explotaban sus terrenos con métodos industriales y se arrepentían de ello. Las máquinas eran tan caras, decían, que no podían pagarlas con los excedentes: para salir adelante se veían obligados a rociar la tierra con una cantidad impresionante de abonos nocivos que la empobrecían y acababan con la fauna.

Annabelle aprovechó su nuevo trabajo en el campo para interactuar más con la naturaleza. En un primer momento solo se comunicaba con las flores: junquillos, caléndulas, margaritas, botones de oro, acianos, dalias, begonias, cólquicos y muchas otras, centenares de especies, sin olvidar las amapolas, a las que visitaba a menudo. Pero con el paso de los meses, gracias al librito de Georges, su sensibilidad se acentuó, su capacidad para comunicarse aumentó, y pronto pudo conversar con los árboles gracias al aroma de sus hojas y sus ramas, y al contacto con su tronco.

El mundo vegetal en su conjunto fue cobrando voz a sus oídos: se relacionaba con cualquier planta en cuanto la olía. Igual que un niño cuando descubre que las piernas le permiten caminar, constataba con entusiasmo el nuevo potencial que se le ofrecía.

Fascinada por la relación privilegiada que tenía con la naturaleza,

pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre, ya fuese trabajando o explorando, y, cuando anochecía, caía derrengada en un sillón sin apenas fuerzas para masticar un trozo de pan y arrastrarse hasta la cama… Se sentía colmada.

Los campesinos con los que había trabado amistad se preguntaban qué andaría haciendo cuando la veían pasear por los campos, detenerse, continuar, tumbarse en la hierba, mover los labios como si hablase sola. Y cuando, con humor y un guiño, ella les decía que estaba comunicándose con la naturaleza, ellos alzaban la vista al cielo.

Annabelle se había convertido en una campesina que trabajaba la tierra con bueyes, un oficio durísimo para una mujer frágil como ella. Se sentía feliz, pero sus padres no aceptaban su nueva condición. Su padre hablaba de «deshonra». En su opinión, pertenecer a la especie humana era un privilegio del que debía sacarse provecho contribuyendo a la conquista del mundo, su crecimiento económico y su modernidad.

En cuanto a su madre, cuando alguien le preguntaba por Annabelle, ella se inventaba una vida parisina rutilante y envidiable, con prósperos negocios, relaciones políticas y fiestas sociales.

«No tienen mala intención. Lo que ocurre es que no son capaces de mirar las cosas con perspectiva», se decía Annabelle para consolarse.

28

Pasó el tiempo y su hija Léna se convirtió en una encantadora jovencita de dieciocho años.

Annabelle decidió que era hora de revelarle lo que Georges le había transmitido. Un día que Léna estaba en la finca, Annabelle le propuso que vieran fotos de familia.

—¿Dónde guardas los álbumes, mamá?

—En el armario de mi dormitorio.

Léna regresó con los brazos cargados de recuerdos. Puso la pila en la mesa baja y se sentaron juntas en el sofá.

Hojearon el álbum de la infancia de Léna con alegría y emoción.

—Un álbum para mis primeros diez años de vida, y cinco para los ocho siguientes. ¡Qué curioso!

—Sí, después de comprar la granja me solté.

—¿Cuando vendiste el banco?

—Sí, cuando por fin tuve tiempo para hacer fotos.

Léna volvió a dejar sobre la mesa el primer álbum y cogió el siguiente. Pasó la primera página: en una foto se veía el interior de la granja en la época en que Annabelle la adquirió. La miró detenidamente.

—¡Caramba, qué antigua! —comentó—. Y cuántos libros desperdigados…

—Sí, aquí siguen, solo que en las estanterías que compré para colocarlos.

—Creía que eran tuyos.

—No, eran del antiguo dueño.

—Debía de ser muy culto.

—Lo era en su especialidad. Un hombre que al principio me pareció bastante extraño: araba con bueyes y hablaba con las flores…

Annabelle le habló de Georges: su aspecto, su estilo de vida, su filosofía, su bondad, sus lecturas, sus animales, su primo Lucien, sus desayunos, su té de achicoria…

A media tarde, le propuso hacer un picnic en su lugar favorito: la cima de la colina desde donde se dominaba el campo de amapolas. Allí podrían seguir la conversación.

Cogieron una manta gruesa y dos finas, llenaron una cesta, dentro de la cual Annabelle deslizó el librito de Georges, y fueron al establo a por el viejo Prospère para que las acompañase.

29

Al atardecer flotaba en el aire un delicioso olor a primavera. Annabelle continuó con su historia mientras caminaban:

—Georges murió súbitamente, en pocos días, y me quedé muy triste. No solo sentía cariño por él, también una gran admiración. Era una persona coherente consigo misma. Hacía lo que amaba. Era tan agradable que parecía irreal. Nunca había conocido semejante serenidad, un estado que se me antojaba imposible de alcanzar.

—Pues tú también me pareces en armonía contigo misma.

—Sí, tardé varios años en conseguirlo, y fue gracias a él.

—Cuando tu banco estaba en lo más alto, eras feliz, ¿no? Vale que trabajabas un montón, pero tuviste mucho éxito.

—Bueno, en apariencia sí, aunque no era lo que yo quería, sino la vida con la que soñaban los abuelos. Eran buenos y cariñosos, pero me hicieron cargar con el peso de sus ambiciones desmesuradas, que no tenían nada que ver con mi pasión.

—Vaya, no lo sabía... Creía que siempre habías hecho lo que te gustaba.

—No, vivía obsesionada con triunfar para responder a sus expectativas, para demostrarles que podía conseguirlo. Por eso, cuando empecé a trabajar me entregué en cuerpo y alma al «gran juego del éxito».

—¿Eso qué es?

—Sus reglas se resumen en dos palabras: «siempre más». Más trabajo, más responsabilidades, más reconocimiento, más beneficios, más gloria. En mi horizonte solo existía el brillo del éxito, cuyo fulgor me atraía como la miel al oso, o quizá como la carroña al buitre. Cuando creé la empresa, veía nuestro planeta como un inmenso Monopoly, un mundo que debía conquistar a toda costa para saciar esa sed de éxito.

—¡Vaya!

—Si te sirve de consuelo, en realidad me limitaba a seguir la pauta general. Es evidente que la Tierra es el juguete de los humanos, pese a que les da cobijo y los alimenta. Al principio el hombre luchaba por su supervivencia, pero hace dos siglos entró en la era de la competición, espoleado por los padres y las naciones; los primeros por orgullo y los segundos por una cuestión patriótica. Nuestro planeta se ha convertido en una madre cuyos hijos ya no se conforman con la leche que sale de sus pechos: también devoran su carne. Y, movidos por un apetito insaciable, esos hijos ven cómo su madre se debilita bajo sus dientes voraces. Es posible que dentro de poco ya no le quede nada que darles.

A Léna se le encogió el corazón al imaginar la Tierra cubierta de un polvo negruzco, reseco, estéril.

—Ese mundo que describes no es muy bonito, mamá.

—El mundo está enfermo de la cultura del «siempre más»... —Suspiró—. Y yo formo parte de los que la han alimentado... No puedo reprochármelo, era la senda trazada por mi educación. Sin embargo, me siento culpable por haber encontrado cierto placer en esa avidez, sabes...

—Pero ¿no deberíamos buscar siempre el placer?

—Por supuesto. Cuando consideré que había pagado la deuda que tenía con mis padres, recuperé mi libertad y mi bien supremo, es decir, a mí misma. Entonces comprendí que una vida exitosa, al menos la mía, se medía en términos de libertad y serenidad. Desde que estoy aquí, la vanidad ya no parasita mi mente ni la aprisiona. Hago lo que me gusta en mi pequeño refugio, cultivo lo que necesito, me ocupo de ti, de mis amigos, de los bueyes, de la naturaleza. Eso es lo que me causa mayor placer, una vida agradable y sin agobios.

30

Alcanzaron la cima de la colina y admiraron el paisaje. Había llegado el momento que tanto había esperado Annabelle.

—Ahora que eres mayor de edad y que oficialmente eres dueña de tu vida, tengo un regalo para ti —dijo sin poder contener la emoción.

Léna daba muestras de impaciencia.

Extendieron la manta sobre la hierba y se sentaron.

—Ya te he dicho que Georges hablaba con las plantas… Pues resulta que solo te he contado una parte: también las oía.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Sí, y hay algo más: me transmitió su saber. Sé que es difícil de creer, pero yo también tengo la capacidad de escuchar a las flores y dialogar con ellas, casi como cuando hablamos tú y yo… En realidad, puedo hacerlo con todas las plantas.

Annabelle le contó a Léna en qué consistía esa facultad extraordinaria y el camino que había recorrido para aceptarla y desarrollarla. Después sacó de la cesta una caja anudada con una cinta.

Léna la abrió y halló el librito de Georges: *Textos sobre la vida, su sentido y su propósito*.

Conmovida, se lo agradeció a su madre de todo corazón y la abrazó.

—Léelo a solas, con calma y la cabeza fría.

—¡Sí, mamá!

Mientras picaban algo, Léna trató de asimilar las revelaciones de su madre, pero la asaltaron las dudas.

—Mamá…

—¿Sí?

—Me cuesta imaginar que se pueda hablar con la naturaleza.

—Lo entiendo, cariño. A mí también me hizo falta tiempo para aceptarlo y no paré de buscar pruebas.

—¿Y?

—Por desgracia no las hay. No obstante, tu carácter puede ayudarte a imaginar.

—¿Mi carácter?

—Bueno, eres un pelín rebelde. No me malinterpretes. Lo que quiero decir es que tienes temperamento: tiendes a cuestionar las verdades establecidas, a rebelarte contra todo aquello que se da por sentado o es demasiado autoritario, ¿me equivoco?

—¡No, para nada! No soporto que traten de imponerme un punto de vista determinado; es como si quisieran enjaular mi mente, como si me encerraran.

—¡Eso es! Necesitas ver el mundo a tu manera y actuar según tus convicciones, tu imaginación, tu intuición.

—Sí.

—No pierdas esa libertad, la de ser quien eres y pensar y actuar como consideres.

31

Léna devoró los textos de Georges durante aquella noche.

Se quedó unos días más en la granja. No se separaba del libro. Lo leyó varias veces y mantuvo inolvidables conversaciones con su madre.

Una mañana decidió probar suerte y se encaminó tranquila y serena hacia el valle.

Acababa de escampar. El sol asomaba de nuevo y un agradable aroma perfumaba el aire. Era el olor de la hierba después de la lluvia, un olor penetrante, placentero, apacible.

Las amapolas se mecían alegremente con la brisa.

Cuando estuvo cerca de ellas, atisbó un caminito que discurría por el prado entre los tallos. Lo tomó.

Aquella inmersión entre las flores le recordó a un baño, cuando el agua abraza el cuerpo, lo rodea, refresca la piel y hechiza los sentidos...

Agradecimientos

En 2012 Sandrine me pasó su tarjeta para que le enviase esta novela en cuanto estuviese terminada. Cuando la leyó dieciocho meses después, nos habíamos prometido y pronto nos casaríamos.

En 2014 empezó la aventura editorial. Un conocido suyo me ayudó a autoeditar la novela. Esta tuvo numerosos lectores y recibió muchos comentarios.

A finales de 2016, Emmanuel Roche, un amigo de Sandrine, me brindó la oportunidad de ofrecer el libro a varias editoriales. Le quiero dar las gracias por su buen hacer y su confianza.

A lo largo de todo el proceso, mi esposa me ha apoyado con amor, pasión y atención. Le agradezco de todo corazón su ayuda y el inmenso amor que despierta en mí.

Gracias a quienes, con su lectura, su trabajo y su experiencia, han enriquecido el libro y la reflexión: Annie Pocholle, Jacques-Line Vandroux, Sabine Lauret, Franck Presti, Élisabeth Sutton, Céline Derouet.

Y a mis hijos, mis amigos, mis allegados: Pauline, Albane, Andréa y Eléa; Maman, Olivier y Nathalie; Louis y Janine, François U., Muriel A.; Alex y Caro M., Anne V. C., Erik O., Frédéric C., Nathalie C., Olivier U., Pascale D., Pascal W., Yannick S. y Walter A. Gracias por vuestro apoyo incondicional y vuestros comentarios, siempre constructivos.

Por último, mi más sincero agradecimiento a Dorothée Cunéo, editora de Robert Laffont, por su confianza, su apoyo, su inabarcable conocimiento de la lengua francesa y su dinamismo.

Una novela inspiradora que invita a abrazar la naturaleza para conectar con nosotros mismos.

Existe un camino para alcanzar la felicidad, un sendero por el que caminarás descalza sobre la tierra mojada, un atajo que descubrirás mientras pasas las páginas de este libro y aprendes a escuchar los secretos que susurran las flores.



La vida parece sonreír a Annabelle, una brillante empresaria de cuarenta años. Sin embargo, un día se da cuenta de que su existencia gravita entorno a su éxito profesional. De repente, se siente asfixiada y necesita airearse. Su mente le pide que huya unos días de París y se aleje de la oficina, de su familia y, sobre todo, de esa tristeza que le acecha en las noches de insomnio.

En su cabeza aparece entonces la imagen de un pueblo tranquilo, casi abandonado, en medio del campo. Annabelle lo reconoce: se trata del lugar donde nació. Los recuerdos son agradables y siente unas ganas irrefrenables de volver a ver aquellos bellos paisajes. Anhela rozar con la yema de los dedos la hierba, pasear entre los campos rojos de amapolas, embriagarse del aroma de las flores..., en definitiva: disfrutar de la naturaleza y de la harmonía más pura.

Durante este viaje, Annabelle conoce a George, un sabio campesino que vive a otro ritmo, el de las estaciones. Lejos del estrés de la ciudad, Annabelle se deja aconsejar por él y aprende a escuchar los extraordinarios secretos que le susurra la naturaleza. Siente que por

fin ha conectado con su voz interior, sin embargo, ahora empieza el verdadero reto, aplicar todas esas enseñanzas a su vida cotidiana.

«Un bálsamo para el corazón. Una bella historia filosófica en la que la protagonista se enfrenta a sus decisiones y contradicciones.»

Blog *Les lectures de Babouilla*

«Esta novela es como la suave brisa de una noche verano. No deja a nadie indiferente.»

linternaute.com

«Una historia original y llena de magia, que nos ayuda a tomar más conciencia de la naturaleza que nos envuelve. Una novela inspiradora.»

Le mag

Patrick Jacquemin es cofundador y ex CEO de la compañía Rue du commerce. En 2012 decidió dejar el mundo empresarial para dedicar su tiempo a la escritura y a la protección de los animales salvajes.

Jacquemin escribió *El olor de la hierba después de la lluvia* basándose en su propia experiencia para volcar el cambio transcendental en su filosofía de vida que le había llevado a escuchar los dictados de la naturaleza.

En 2015 se autopublicó la novela y cosechó grandes éxitos.

Título original: *L'odeur de l'herbe après la pluie*

Edición en formato digital: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-253-5743-5

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice